MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

PAGINAS TAURÓMACAS

PEPE-HILLO
CONDESA D'AULNOY
LORD BYRON
MERIMÉE
MERY
GAUTIER

RODRIGUEZ RUBÍ
AMICIS
PALACIO VALDÉS
ZAHONERO
P. BAROJA
AZORÍN

RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR
MADRID

PÁGINAS TAURÓMACAS

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY

RAFAEL CARO RAGGIO

1920

Establecimiento tipográfico

de Rafael Caro Raggio.

PÁGINAS TAURÓMACAS

JOSÉ DELGADO, *Pepe-Illo*.—CONDESA D'AULNOY.—UN TESTIGO PRESENCIAL.—LORD BYRON.—J. MERY. MERIMÉE.—GAUTIER.—RODRÍGUEZ RUBI.—AMICIS.—PALACIO VALDÉS. ZAHONERO.—BAROJA.—AZORÍN

RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR
MENDIZÁBAL, 34
MADRID

AL LECTOR

Señor lector: No hay duda que en un tiempo en que está en su punto la afición de los toros, y tan adelantado el arte de torear, hacía falta una obrilla que demostrara sus reglas, realizara sus suertes y patentizara el débil y fuerte de un arte tan brillante que no sólo arrastra tras sí el afecto español, sino el de todos los extranjeros que ven y observan las lidias.

Este motivo, y el conocer que, no obstante de estar en un siglo tan fino que se escribe hasta de las castañuelas, no ha habido uno siquiera que hable del toreo, me ha empeñado aun más en ser el primero que salga a lucir sus pensamientos e ideas tauromáticas, fundadas en la

sabia experiencia, que es la madre legítima de sus conocimientos. Y como que sin esta experiencia, adquirida por la práctica, y no la especulativa, no es posible acertar, de aquí es sin duda que aunque alguno haya tenido sus puos de escribir del toreo, no se atrevería a avanzar esta empresa, como insuperable, por falta de los conocimientos prácticos.

Yo, a Dios gracias, puedo echar algunas plantas, y revestirme un si es o no es de maestro, y, con todo, tengo bastante desconfianza del acierto; pero me anima que soy el primero que trata esta materia; y aunque se adviertan algunos yerros en ella, no faltará después quien me los note y corrija.

Al fin, amigo lector, me arrojo a presentaros mi *Tauromaquia,* que la contemplo digna de vuestro gusto, de vuestra atención y de vuestra diversión: lo primero, porque el toreo es generalmente aplaudido; lo segundo, porque es característico de la nación española, y lo han ejecutado y ejecutan sus más lucidos e ilustres brazos; y lo tercero, porque todos gustan ver los toros, ya por el conjunto de objetos tan

gratos que reúnen estas fiestas, ya por los lances, contrastes y acasos que contienen las lidias.

Que el toreo es generalmente aplaudido, no hay necesidad de más prueba que la notoriedad. Lo publica el desatino y desasosiego de los naturales y extranjeros por ver los toros; lo prueban la alegría de los niños y el júbilo de los viejos; y lo confirman el gusto, complacencia y satisfacción con que las damas altas y bajas hablan de estas funciones, y se presentan en sus circos, anfiteatros o plazas. Una mala vaca que corre enmaromada por la calle llama en tanto grado la atención de los que la advierten, que todos a un tiempo dejan sus respectivos destinos y corren gustosos a verla; de forma que puede decirse que la afición de los toros nace con el hombre mismo, y, particularmente, en España.

No hay duda que en esta nación famosa se ejercita el toreo desde que hay toros; porque siendo propio de burlar y sujetar a las fieras de sus respectivos países, ningunos mejor habrán ejecutado esta máxima que los españo-

les, que sobresalen tanto en el valor, y sus toros son los más valientes, fieros y feroces que se conocen. Y de aquí es, sin duda, que los más de nuestros héroes han blasonado de toreros. El Cid Campeador lanceaba a caballo. El Emperador Carlos V aguardó un toro, y lo mató de una lanzada; Felipe IV ejercitaba esta afición con frecuencia, y lo mismo el Rey Don Sebastián de Portugal. Y entre los caballeros fueron distinguidos, en lo antiguo, don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, y el famoso don Diego Pérez de Haro, sin otros muchos que omito, por consultar la brevedad. Y, sobre todo, en nuestros días es un galardón muy recomendable en los caballeros el saber torear a pie y a caballo. Y véase ya como los brazos más ilustres de la nación han sostenido y sostienen la grata y noble afición del toreo.

El espectáculo de estas funciones llama la atención de todos. En el conjunto de individuos de uno y otro sexo se ve brillar en su punto la ostentación, primor y compostura. Y en la lidia observan acciones continuas de admiración y gusto. Se mira una fiera, acaso la

más feroz, burlada por los hombres en términos que parece imposible, luciendo en estas acciones cruentas una habilidad, la más sublime, en cuanto lleva todo su fundamento en el valor y en el espíritu. Y es de tener presente lo que sobre el toreo dijo la Reina Amalia, a saber: «que era una diversión donde brillaba el valor y la destreza».

Lejos de aquí los genios, pacatos, envidiosos y aduladores, que han tenido valor de llamar bárbara a esta afición. Sus razones son hijas del miedo, producidas por envidia y acordadas por su suma flojedad e indolencia. Quien ve los toros desmiente, con la experiencia misma, las máximas y sistemas de semejantes entusiastas. Allí reconoce que el valor y la destreza aseguran a los lidiadores de los ímpetus y conatos de la fiera, que, al fin, da el último aliento en sus manos.

Y no es argumento que alguna vez perezca un torero. Pocos son los juegos y diversiones donde no haya iguales contingencias. En la pelota, el truco, la barra, raqueta, el mallo y otros juegos de violencia, se han visto morir

muchos casualmente. La afición de nadar y la de los caballos han pasado más hombres al sepulcro que han muerto y pueden matar los toros. ¿Y por eso será justo, será racional que se proscriban aquellos juegos y estas aficiones? No hay uno siquiera que lo diga, ni que las repute por bárbaras. ¿Luego, por qué no han de decir lo mismo del toreo, y en que se versa identidad de razón y la ocasión de morir es más remota, que en las aficiones de nadar y de los caballos? Y si no véanse las corridas de toros que se ejecutan de continuo, y al cabo del año se hallará que apenas hay un hombre herido o muerto.

En principios de este siglo, en que el toreo de a pie era bien desconocido, no se tenía por ocasión próxima; conque con mayor razón deberá correr esta opinión en el día que se mira adelantado el arte de torear hasta su término posible. Vino José Cándido para abrir la puerta a la finura y seguridad de las suertes; y han perfeccionado sus máximas los famosos Joaquín Rodríguez (alias) *Costillares*, Pedro Romero y Juan Conde (en que yo también he dado

mis pinceladas), y descubierto otras no menos sublimes y finas. Al fin tratamos los toros con el mismo desprecio que si fueran carneros; expresión de que usó un caballero moro la primera vez que vió en Cádiz una corrida de toros.

Por último, señores, mi obra lleva por objeto dar reglas a los aficionados y toreros para que se conduzcan con seguridad en las suertes; y que los espectadores instruídos a fondo en los fundamentos elementales de la tauromaquia, sepan decidir sobre el verdadero mérito de los lidiadores, adquiriendo por ella un conocimiento que le ha de hacer mucho más grata la diversión. Celebraré tener la gracia del acierto y la de mis lectores, que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor.

José Delgado (alias) *Illo.*

El rey, deseando divertirse, dispuso que se diera una corrida el día 22, de lo que me alegré mucho, porque sólo por referencias conocía tan brillante espectáculo. Ahora ya he tenido ocasión de verlo.

El conde de Kænigsmarck, sueco, quería torear para hacer alarde de su temerario valor ante la hija de una de mis amigas y ofrecerle sus hazañas, y esto fué un nuevo motivo para que yo acudiera, gustosísima, a la plaza, donde mi pariente el conde, por ser título de Castilla, tenía reservado un balcón cubierto con un dosel y muy adornado con tapices y almohadones del guardamueble de la Corona.

Cuando el monarca ordena que se hagan estas fiestas, llévanse a los montes de Andalucía ciertas vacas mansas, llamadas *mandarinas*. Allí se hallan los toros más bravos, que, al ver a las hembras (muy conocedoras de su juego), se aproximan rendidamente a enamorarlas. Ellas huyen y ellos las persiguen, hasta que llegan al camino, a cuyos lados se han puesto vallas, a veces hasta en una extensión de cuarenta o cincuenta leguas, a fin de que los toros no puedan saltar al campo. Hombres

armados con medias picas y cabalgando en veloces potros impiden que se vuelvan hacia atrás; pero algunas veces tienen que reñir con ellos duros combates y, a pesar de las barreras donde podrían recogerse, caen heridos o muertos.

Otras gentes, que se han apostado en el camino, corren hasta Madrid para avisar la llegada de las fieras, que pasan por las calles, también entre dos empalizadas, para que no hagan daño a nadie. Las *mandarinas*, que son verdaderamente taimadas, van siempre delante, y los toros, tan faltos de malicia como sobrados de fiereza, síguenlas hasta la plaza en que se ha de verificar la corrida, y en que se han construído los establos donde se ha de encerrar al ganado hasta el momento oportuno. Los cornúpetos que han de lidiarse suelen ser treinta, cuarenta y hasta cincuenta, y como los chiqueros tienen dos puertas, las vacas entran por una y salen por otra, y cuando los enamorados toros pretenden seguirlas, encuéntranse con ambas puertas cerradas.

Después de dejarlos descansar durante cierto tiempo, suéltanlos, uno tras otro, en la plaza, donde muchos jóvenes campesinos, ágiles y robustos, que los aguardan, los cogen, unos por los cuernos y otros por el rabo. Denomínase *herradores* a individuos que marcan a los toros una pierna con un hierro candente y les rajan las orejas. Estas operaciones no son fáciles, porque con frecuencia ocasionan desgracias personales. Además, constituyen el preludio de la fiesta, que tanto divierte a los espec-

tadores, ya por los instintos sanguinarios de la multitud, ya por su inclinación a lo extraordinario; pero por horrorosos que sean los accidentes que sucedan, el pueblo está siempre dispuesto a que se reproduzcan en otras corridas.

Dase de comer a los toros, y para escogerlos tiénese por mejores a los que son hijos o hermanos de los que han causado mayores estragos en las fiestas precedentes. A los cuernos de cada uno se ata una cinta, y por ella todo el mundo se entera de la procedencia del bicho y recuerda la historia de su parentela. De los que se espera más acometividad y encarnizamiento es de aquellos cuyo abuelo o bisabuelo hubiese ocasionado más muertes.

Se cubre de arena la plaza y se la circunda de barreras tan altas como un hombre de regular estatura. Sobre las barreras se pintan las armas reales. La plaza es más larga que ancha y tiene alrededor a manera de pabellones de cinco pisos. En cada uno de éstos hay un balcon largo, al que se entra por grandes puertas de cristales. El del rey ocupa el centro de uno de los lados; está cubierto de un hermoso dosel, y es dorado y más espacioso y saliente que los otros. Frente por frente del balcón regio se hallan los destinados a los embajadores de países católicos: el del emperador y los de Francia, Polonia, Venecia y Saboya. Carecen de sitio los de Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca y otras naciones protestantes. Los consejeros de Castilla, de Aragón, de la Inquisición, de Italia, de Flandes, de Indias, de las Ordenes

Militares, de Guerra, de la Santa Cruzada, etc., se colocan a la derecha del monarca.

Distínguese a todos por sus armas bordadas en oro en la parte superior de los tapices carmesíes que adornan las balaustradas. Las Corporaciones de la villa, los jueces, los grandes y los títulos ocupan un lugar adecuado a su rango, a expensas del rey o del Concejo, que alquilan los balcones a los vecinos.

De parte del soberano se obsequia a los invitados con una magnífica colación, servida en preciosas canastillas. Con las frutas, confituras y refrescos ofrécese a las señoras guantes, cintas, abanicos, medias de seda y ligas. Así, que tales fiestas cuestan siempre más de cien mil ducados, que se pagan con el dinero de las multas, adjudicado a la Corona o al Municipio. Si a este dinero se le diese otra inversión que la tauromáquica, aun cuando fuera la de sacar al reino de un peligro gravísimo, se promovería quizá un alboroto, porque el pueblo siente tan desmedida pasión por estos espectáculos que no hay nada a que no los prefiera.

El público se coloca en tablados. En cuanto a los balcones de alquiler, se pagan a muy buenos precios, y no queda vacante ninguno. Todos están engalanados con hermosos tapices y doseles.

El populacho no se sitúa nunca debajo de los balcones del rey, que reserva este lugar para sus guardias. De las puertas de la plaza quedan abiertas tres, por las que las personas de calidad, especialmente los embajadores, entran en sus carrozas y pasean alrededor del

circo hasta que llega su majestad. Los caballeros saludan a las damas, que se asoman a los balcones con la cabeza desprovista del manto y ataviadas con brillantísima pedrería. ¡Qué abundancia de magníficas telas, bellos tapices y ricos almohadones! Nada tan deslumbrador como este lujo. El balcón regio ostenta cortinajes verde y oro, que se corren cuando el monarca no quiere que le vean.

Al llegar a la plaza la comitiva palatina, la siguen inmediatamente las carrozas de los personajes. El embajador de Francia suele ser objeto de la general admiración, por ir vestidas a la francesa todas las gentes de su servidumbre; constituyendo esta circunstancia un privilegio indumentario, de que tan sólo él y sus criados disfrutan, porque los demás representantes diplomáticos extranjeros tienen obligación de vestir los trajes españoles.

El marqués de Villars no había llegado aún. La carroza regia llegó escoltada por guardias de a pie y precedida de cinco o seis carruajes, donde venían los oficiales, las meninas y los pajes del soberano, y del de respeto, que, vacío, va siempre delante del de su majestad, llevando descubierta la cabeza el cochero y el postillón. Dichos guardias, llamados de Corps, llevan alabardas y siguen muy de cerca la carroza real, en cuyas portezuelas hay numerosos pajes, vestidos de negro y sin espadas, que es en lo que se diferencian de los demás servidores.

Las damas de la nueva reina, que ya están nombradas, concurren también a la fiesta, pre-

cedidas por la duquesa de Terranova, en carrozas de palacio y acompañadas por nobles de empingorotada alcurnia, que van, unos, a pie, junto al estribo, y otros, montados en arrogantes caballos.

Para poderse permitir esta galantería es indispensable obtener previamente el consentimiento de la dama respectiva. Si alguien se atreviera a hacerlo, sin contar de antemano con esa licencia, sería muy censurado, y acaso tuviera que batirse con los parientes de la dama ofendida. Cuando el acompañante ha sido admitido con agrado se puede permitir infinidad de galanterías. Pero, aunque los amantes no tengan nada que temer, ni de sus amadas, ni de las familias de éstas, no encuentran el campo tan por completo libre como lo quisieran para sus expansiones, a causa de la vigilancia, incómoda por lo rigurosa, de las *dueñas de honor* —de que las carrozas van llenas— y de los *guarda-damas.*

Apenas la enamorada pareja principia a conversar, las *dueñas* corren las cortinas del vehículo, y los *guarda-damas* dicen que el cariño más verdadero es el más discreto y callado. Y la señora y el caballero se tienen que contentar con el lenguaje de los ojos y con enviarse suspiros tan fuertes y arrebatados, que a veces se oyen desde lejos.

Los capitanes de alabarderos y otros oficiales entran en la plaza montados en briosos caballos y seguidos de las guardias española, alemana y borgoñesa. Sus vestidos son de terciopelo y raso amarillo, con galones dorados

y plateados. Los guardias de Corps llevan una capa amarilla sobre su vestido negro, y gastan calzas atacadas al uso antiguo; las de los alemanes o tudescos son de estilo suizo. Unos y otros se alinean debajo del balcón real. En tanto, los capitanes y los alféreces, luciendo el bastón de mando y seguidos de muchos guardias, recorren varias veces la plaza para comunicar las órdenes necesarias y para saludar a las señoras que les sean conocidas.

Los caballos no dejan de brincar y de encabritarse. Los caballeros van cubiertos de cintas enlazadas sobre sus trajes bordados. Llámaseles picadores, y cada uno viste del color preferido por la dama de sus pensamientos.

Luego que el pueblo, dejando las barreras, ha ocupado los tablados, riégase la plaza con cuarenta o cincuenta cubas de agua, conducidas en otras tantas carretas, y los capitanes y oficiales vuelven a ocupar sus puestos debajo del balcón real. Las líneas de guardias se apiñan, formando una gran valla, y cuando el toro se les acerca les está prohibido retirarse. Para defenderse de él no pueden hacerlo sino con la punta de las alabardas; pero si le matan queda de su pertenencia.

Una innumerable multitud lo llena todo: las barreras, los pisos, los tejados. Y estos balcones tan vistosos, a que se asoman tan bellas damas; esta brillante corte, y, en fin, cuanto contiene la plaza, ofrecen el más espléndido y encantador espectáculo que puede imaginarse.

Ahora aparecen seis alguacilillos llevando en una mano una vareta blanca y cabalgando

sobre excelentes caballos enjaezados a la morisca y cuajados de campanillas. Su traje es negro, su sombrero luce adornos de plumas, y estos individuos, aunque no llevan armas, son de apariencia muy severa, si bien deben tener un miedo formidable, porque no se les consiente salir de la plaza, siendo su oficio avisar a los caballeros que deben combatir.

Los caballeros luchan con los toros en combate singular. Es necesario haber nacido hidalgo de buena cepa, y estar reconocido como tal, para que seale permitido pelear a caballo con el cornúpeto. El caballero no puede sacar la espada contra la fiera, mientras ésta no le haya derribado la pica, el chambergo o la capa, o no le haya herido su caballo o el de cualquiera de sus acompañantes. En culquiera de estos casos, está obligado, aun a costa de la vida, a vengarse del toro, acuchillándole cara a cara, en la cabeza o el cuello. Si el caballo se resiste y no quiere avanzar, el caballero echa pie a tierra y acércase valerosamente al toro, daga en mano. Al propio tiempo, los otros caballeros, que aguardan vez para combatir, apéanse también y acompañan al que está lidiando; pero no le ayudan, ni pretenden para sí ninguna ventaja. Todo el cortejo se aproxima a la fiera, y si ésta huye hasta el otro extremo de la plaza, sin esperar y acometer a sus contrincantes, la pelea se da por terminada, el honor queda satisfecho, y continúa la corrida con nuevas peripecias y nuevos lances.

Cuando en la villa hay caballos que ya han servido para torear, se le piden prestados a su

dueño, si se niega a venderlos. Jamás se niega nadie a la concesión de tal favor, aunque se lo pida un desconocido. Si el caballo es víctima de algún accidente desgraciado, y el jinete pretende indemnizar a su dueño, éste se opone a que se lo paguen, porque se considera contrario a la generosidad española recibir dinero por un perjuicio sufrido en tales circunstancias. Sin embargo, debe ser muy poco agradable comprar un buen caballo, amaestrarlo y mantenerlo, para que cualquiera le pueda exponer a morir en una corrida de toros. Estos combates se consideran tan peligrosos, que en los días en que se celebran se hacen rogativas en muchos templos, para que el espectáculo sea lo menos sangriento posible. Varios pontífices han querido abolir estas bárbaras fiestas; pero los españoles no han cesado de gestionar cerca de la corte de Roma para que se las consintiera, y han conseguido, para una diversión tan en armonía con su carácter, la tolerancia del pontífice.

La primera vez que asistí a una corrida, los alguaciles se acercaron a la puerta situada en uno de los extremos del palenque, para indicar a los seis caballeros que debían torear, figurando entre éstos el conde Kænigsmarck. Los caballos que montaban los lidiadores eran muy hermosos y estaban admirablemente enjaezados. Cada caballero llevaba en su séquito otros doce caballos, que los pajes conducían de la brida, y seis mulas, cargadas de rejones y picas, y cubiertas con mantas de terciopelo del mismo color que su divisa y luciendo en sus

costados, bordadas en oro, las armas del toreador respectivo. Tantísimo lujo es, ciertamente, excepcional. Cuando la villa ofrece las corridas, la magnificencia es menor; pero, como la primera función taurina a que yo asistí la pagaba el rey, en celebración de sus bodas, no se quiso escatimar nada de cuanto pudiera dar al espectáculo mayor realce.

Los caballeros vestían trajes negros, bordados en oro, plata, sedas o azabache; llevaban en el sombrero plumas blancas, jaspeadas de varios colores, una rica escarapela de diamantes y un cordón adornado con piedras preciosas; lucían bandas también multicolores, puestas, unas, en forma de tahalí, atadas otras al brazo, todas ellas obsequio de sus amadas, que se las regalan, en correspondencia al placer que las proporcionan con estas diversiones, aun a costa de peligros muy graves. Llevan, además, una capa negra, recogida debajo del brazo, para poder accionar con libertad, alta bota blanca, con largas y afiladas espuelas, y estribo corto, que es a lo que llaman cabalgar a la jineta.

Los caballeros, que se desviven por lucir su arrogancia, son todos de ilustre nacimiento, y cada cual lleva en su compañía cuarenta lacayos, unos vestidos de seda, con guarniciones de puntilla, otros de brocado y otros de variadas y esplendorosas telas. Ninguno deja de seguir, en cuanto a estas pintorescas y flamantes indumentarias, las modas extranjeras; así que unos parecen turcos, otros, húngaros, moros, indios o salvajes.

Los diestros, seguidos de este cortejo y escoltados por los seis alguaciles, atravesaron, al son de las trompetas, la plaza Mayor, y llegaron al pie del balcón real. Hicieron al monarca una profundísima reverencia, y le pidieron permiso para lidiar los toros. El soberano se lo otorgó, deseándoles buena suerte en la pelea. Al mismo tiempo sonaron los clarines, en señal de que se desafía a las fieras, y la multitud, muy inquieta, prorrumpió en atronadores e insistentes gritos de: *¡Vivan, vivan los bravos caballeros!* Estos se separaron inmediatamente unos de otros, y se fueron a saludar a las damas que los conocían. Los lacayos salieron de la plaza, excepto dos, para el servicio de cada caballero, y, sin apartarse mucho de su lado, quedaban en ella, cargados de rejones y picas.

Entonces entraron en el circo una porción de hombres, que vienen a la Corte, a veces desde muy lejos, movidos únicamente por el afán de torear en tales días; pero como no son nobles, van a pie y no se les hace ninguna ceremonia.

Mientras un caballero lucha, los demás se recogen al otro lado de la plaza, y no acosan ni atacan al toro —a quien el primero provoca—, a menos que la fiera les acometa a ellos. En este caso —aquel contra quien arremete el toro es el único que tiene que defenderse de sus embestidas. Cuando la fiera hiere al lidiador, el pueblo exclama: *Fulano está comprometido en un empeño;* con lo que da a entender que el caballero tiene obligación de vengarse

del animal por la ofensa que, lesionándole, le ha causado.

En efecto, haciendo de este caso cuestión de honor, el herido abandona el caballo y se aproxima al toro para acuchillarle la cabeza o el cuello. Si lo consigue, puede acometerle sin ningún miramiento.

Cuando el rey considera que es ya la hora oportuna para dar principio a la fiesta, dos alguaciles se acercan a su balcón, y el favorito del soberano les arroja la llave de los chiqueros, donde están encerrados los toros. Dicha llave la tiene el rey en su poder y, al llegar el momento de entregarla, se la ofrece, como una merced, a su privado.

Suenan las trompetas, los timbales y los tambores, los pífanos y los oboes, las flautas y otros instrumentos, haciéndose oír en toda la plaza; y los alguaciles, que por naturaleza son muy cobardes, van, temblorosos, a franquear a los cornúpetos la puerta del toril. Detrás de ella escóndese un hombre que se apresura a cerrarla, apenas la fiera se asoma al palenque, y encarámase rápido, por una escalera de mano, al techo del chiquero. Al salir el toro, lo primero que hace es mirar detrás de la puerta, dando comienzo a sus hazañas con la muerte del hombre que la cierra, si éste no se da mucha prisa en huír. Inmediatamente, el toro, después de examinar un instante la plaza, échase a correr con todas sus fierzas detrás de los alguaciles, quienes espolean sus caballos, porque, no siéndoles permitido salir del circo ni defenderse, no les queda otro recurso que la huída.

Los lidiadores pedestres arrojan al bicho flechas y dardos muy agudos. Estas armas, adornadas con papel picado, se clavan en la piel del animal, que, al sentirse herido, se revuelve y agita hasta el extremo de que su aliento forma una espesa nube a su alrededor y sus ojos y sus narices parece que arrojan fuego, emprendiendo el exasperado bruto una carrera verdaderamente vertiginosa.

El caballero que debe atacar al toro se acerca a éste empuñando un rejón cual si fuera una daga; el toro le embiste, bajando la cabeza, y el caballero le clava el rejón en el morrillo. La bestia retrocede y brama. Los lacayos, que llevan diez o doce docenas de picas, le ofrecen otra al caballero, que también la rompe sobre la fiera, y ésta vuelve a mugir; se excita, corre, salta, y pobre de aquel con quien tropiece. Si está cerca de ella alguien, o a quien pueda herir, los demás arrojan al toro un sombrero o una capa para ver de distraerle, como en ocasiones lo consiguen, o bien, el que está en el peligro, se tira de bruces en el suelo. Y si le arrojan al bicho *peleles*, que son figuras o muñecos con cabezas de cartón y cuerpos rellenos de paja, mientras se ceba en ellos, los lidiadores tienen tiempo de ponerse a salvo. El toro tiene la costumbre de cerrar los ojos cuando agacha la cabeza para herir. Y hay quien aprovecha rápidamente este momento para evitar el golpe; mas no es cosa tan segura que salga siempre bien, porque suelen ocurrir desgracias.

Cuando el bruto se hallaba en la plenitud de su furia, un moro se acercó a él, con un puñal

en la mano, para hundírselo en la nuca metiendo el brazo entre los dos cuernos. Esta fué la más temeraria y afortunada aventura que se pueda soñar, porque el toro cayó instantáneamente muerto y el moro quedóse parado junto a su cabeza. Sonaron los clarines, y muchos españoles acudieron con espadas para hacer añicos el cuerpo del ya indefenso animal.

Cuando un toro cae muerto, cuatro alguaciles salen en busca de las mulas, que están muy bien enjaezadas y son conducidas por palafreneros vestidos de raso amarillo, con adornos encarnados. Estas mulas, cubiertas con cascabeles de plata y hermosos plumeros, llevan tiros de seda, a los que se engancha por los cuernos el cadáver del toro, que ellas arrastran, mientras la voz de los clarines y los gritos de la multitud producen descomunal alboroto.

Corriéronse veinte toros. Uno de ellos, muy bravo, hirió gravemente en una pierna al conde de Kænigsmarck y rajó el vientre de su caballo. El conde se apresuró a echar pie a tierra, y no quiso aprovecharse de ninguna de las excepciones y ventajas que las leyes españolas conceden, en estos casos, a los extranjeros.

¡Qué piedad inspiraba ver a la hermosa cabalgadura correr, a galope tendido, alrededor de la plaza, arrastrando las tripas, y atropellando a todo el mundo!

Apenas el conde, al sentirse herido, se apeó de la desdichada bestia, una bellísima dama, que, sin duda, tenía motivos para creer que lidiaba por amor y en obsequio suyo, le hizo, desde el antepecho de su balcón reiteradas se-

ñas con el pañuelo, con objeto de infundirle ánimos; mas él no precisaba de esta galante ayuda, por ser muy valeroso, y avanzó g allardamente, espada en mano; pero perdió tanta sangre, que se vió obligado muy pronto a apoyarse en uno de sus lacayos, aunque sin dejar por esto de acercarse al toro ni de asestarle un terrible golpe sobre el testuz.

Luego, mi pariente Kænigsmarck saludó, con una mirada, a la dama por quien combatía, y dejando caer desmayadamente la cabeza, entregóse a sus servidores, que lo llevaron casi muerto.

Esta clase de incidentes no interrumpen la fiesta, que sólo puede terminar por orden del rey; de modo que, cuando un caballero es herido, los demás le acompañan hasta la barrera, y, sin otras dilaciones, prosiguen el combate.

Hay un vizcaíno tan atrevido, que salta, quedando montado sobre el toro, le sujeta los cuernos y, por muchos esfuerzos que haga el animal para quitárselo de encima, no lo consigue. El vizcaíno permanece sentado sobre él un buen rato, y al apearse acostumbra a romperle un cuerno por la mitad.

Cuando un toro se ha defendido largo rato y el rey desea que sean lidiados otros, echan a la plaza varios perros de presa ingleses, de una raza semejante a las de aquellos que los españoles utilizaron como auxiliares en la conquista de las Indias. Son pequeños y de patas cortas, pero tan duros de boca y tan resistentes, que, cuando se agarran, antes se dejarían

hacer añicos que quedarse sin la tajada en que clavaron sus dientes. Algunos mueren atravesados por el toro, que, después de cornearlos, los arroja a gran altura. *Desjarretar al toro* es una operación que consiste en sujetarle mientras le cortan las piernas con la media luna.

A un lidiador se le cayó el sombrero, y no se apeó para recobrarlo, sino que, espoleando al caballo y empuñando la espada, se dirigió hacia el toro, y le hirió en el cuello, si bien levemente. El dolor causado a la fiera no sirvió para abatirla, pero sí para acrecentar de modo inconmensurable su furor. Escarbaba la tierra, mugía, y de cuando en cuando saltaba como un ciervo. Imposible describir aquel combate, reñido entre las exclamaciones de la muchedumbre, que no cesaba de agitar los pañuelos ni de aplaudir. Unos gritos eran de admiración y otros iban encaminados a excitar todavía más la furia del toro. Imposible igualmente poder dar una idea de las palpitaciones y sobresaltos de mi corazón, al ver a aquellos terribles animales dispuestos a matar a tan bravos caballeros.

Un joven toledano fué muerto de una cornada, y otros dos quedaron malheridos. Caballos perecieron cuatro. No obstante, de público se dijo que la corrida no había sido muy buena, porque se había derramado en ella poca sangre. Para que se califique de lucida una de estas funciones, se considera de rigurosa necesidad el que perezcan en la plaza diez hombres, por lo menos.

Los caballeros son muy diestros en el combate. Algunas veces giran, durante media hora, alrededor del toro, rozándole casi, pero sin dejarle aproximar la cabeza.

El rey obsequió con quince doblones al moro que había matado a una de las fieras con el puñal, y con otros quince al vizcaíno, y dió palabra de que no echaría en olvido a los demás lidiadores. Uno de ellos, viéndose sorprendido de frente y no sabiendo por dónde escapar, saltó por encima del toro, con una ligereza digna de un pájaro.

Estas fiestas son hermosas, interesantes, magníficas. Se trata de unos espectáculos verdaderamente nobles y que cuestan mucho dinero. Es muy difícil describirlos con exactitud. Hay que verlos para poder apreciarlos como es debido. Sin embargo, confieso que no me acaban de gustar. ¿No es muy triste que un hombre, movido por el amor y la vanidad, exponga su vida luchando con un toro? ¿Pueden ser aprobadas semejantes costumbres? Sorpréndeme que en un Estado, cuyos reyes se llaman católicos, se consienta una diversión tan bárbara. Es muy antigua, pero creo que debiera ser abolida.

Don Fernando de Toledo, viéndome muy inquieta y no poco emocionada durante la función, porque me asustaba pensar que alguno de aquellos hombres pudiese morir en mi presencia, díjome sonriendo. «¿Qué hubierais hecho, señora, si hubierais visto lo que pasó aquí hace algunos años? Un caballero de noble linaje amaba locamente a una bellísima joven,

hija de un lapidario y que había de heredar una cuantiosa fortuna. El caballero, habiendo sabido que los toros más feroces de la montaña iban a ser lidiados, y creyendo que conquistaría mucha gloria venciéndolos, decidióse a torear, para lo cual pidió permiso a su amada. Ella se impresionó tanto con la proposición, que le prohibió realizar su propósito y cayó sin sentido.

»Empero, el amante se procuró, con gran secreto, cuanto necesitaba para entrar en la lidia. Ella lo supo, y puso en juego, aunque inútilmente, cuantos recursos estaban a su alcance para hacerle desistir de su proyecto. Llegado el día de la fiesta, el caballero suplicó a la hija del lapidario que no dejara de asistir a la plaza, porque su presencia le infundiría valor.

»—En vuestro cariño —le respondió la joven—, se descubre más ambición que ternura. El mío, por el contrario, es más tierno que ambicioso. Ahora bien, yo iré a la corrida; pero temo que el verme os turbe más que os aliente.

»Despidióse el galán, y fuése hacia la plaza Mayor, donde el público estaba ya congregado. Apenas intentó defenderse contra un toro que le acometía, un mozo del pueblo arrojó al animal un dardo, que se le clavó, produciéndole un dolor que debió ser muy intenso. El toro, apartándose del caballero, quiso embestir al que le había herido, y éste, al echarse a correr, para ponerse cuanto antes en salvo, no pudo evitar que se le cayera el sombrero, y dejó al aire una larga y magnífica cabellera, que se

desplegó sobre sus espaldas, descubriendo que aquel lindo joven era una encantadora muchacha de quince a diez y seis años, que se daba a conocer, muy a pesar suyo, por un azar de la suerte. El miedo y la sorpresa se apoderaron de su espíritu, quitándole las fuerzas, y se quedó inmóvil y sin defensa frente al toro, que, acercándose rápidamente a ella, la hirió en un costado. El caballero, reconociendo a su amada, se apeó para socorrerla. Enloquecido por el sentimiento de verla en tan funesto estado, hizo cosas increíbles, mas le costaron quedar herido mortalmente. ¡Aquella tarde sí que debió parecer espléndida la fiesta! Lleváronse a los dos amantes en casa del infortunado padre de la joven. Esta pidió que dejaran al caballero en su cuarto para que las pocas horas que les quedaban de vida fuesen instantes de amor. Y se les casó *in articulo mortis*, para que, ya que no pudieran gozar de su matrimonio en este mundo, pudiesen estar unidos dentro de una misma tumba sus cuerpos, y enlazarse sus almas para volar a la gloria.»

Esta historia aumentó mi repugnancia a las corridas de toros, y así se lo dije a don Fernando de Toledo, después de manifestarle mi gratitud por su trabajo en referírmela.

LA CONDESA D'AULNOY.

Sólo recibió el toro tres o cuatro varas, a las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para éstos demasiado cobarde. Después, con mucha maestría, le puso un par de banderillas el aplaudido Antonio de los Santos, y, seguidamente, le clavaron otros tres pares Joaquín Díaz y Manuel Xaramillo. Luego se presentó a matarle Joseph Delgado; le dió tres pases de muleta, los dos por el orden común, o despidiéndole por su izquierda, y el restante de los que llaman al pecho, con el cual se libertó del apuro contra los tableros, en que le encerró la mucha prontitud con que se le revolvió el toro, algo atravesado, de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquél en la mejor situación.

Estando ya en la fatal de la derecha del toril, a corta distancia de él y la cabeza algo terciada a las barreras, se armó el matador para estoquearlo; le tanteó, citándole o llamándole la atención a la muleta; deteniéndose, y sesgando algo más de lo regular, se arrojó a darle la estocada, a toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado con-

trario, o izquierdo. En este propio acto le enganchó con el pitón derecho por el cañón izquierdo de los calzones y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba.

Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, o por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió quedar sin movimiento, es lo cierto que, careciendo de él, se mantuvo en dicha forma ínterin le recargó el toro con la mayor velocidad, y, ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y, campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, destrozándole en menudas partes, tantas cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho, a más de diez costillas fracturadas, hasta que le soltó en tierra, inmóvil y sólo con algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles a la piedad más religiosa.

Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto menos que inevitable el riesgo de perecer a que se exponían para quitar la fiera de la inmediación al ya casi cadáver, en un paraje tan sin recurso en aquel caso, como es el de la puerta del toril, superó a esta previsión de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él mudando con las capas la situación del toro.

También lo comprendió, en cuanto le fué dable, el celo de Juan López, procurando ponerle

una vara a caballo levantado. Inmediatamente, José Romero tomó su espada y muleta y, usando del superior manejo que tiene en ésta y de la intrepidez que con aquélla recibe los toros a la muerte, se dió a la fiera de dos bien dirigidas estocadas, con todo el denuedo y serenidad de espíritu que acostumbra y podía lo arduo de la empresa, graduando las críticas circunstancias que la hacían multiplicadamente más difícil.

UN TESTIGO PRESENCIAL.

... Palenque abierto; el espacioso circo, libre; millares de espectadores lo rodean, amontonados los unos sobre los otros, mucho antes de que se oiga la primera señal del clarín sonoro. El espectador moroso no hallará sitio. Hormiguean los hidalgos y los grandes, sobre todo damas de mortífera mirada muy dispuestas a curar las heridas que producen. Nadie se queje, no seáis como esos lunáticos poetas, porque el frío desdén les condena a morir asaetados por el amor.

* * *

Cesan los murmullos. Montados en nobles corceles empenachados de blanco, espuelas de oro y ligeras lanzas, aparecen cuatro caballeros dispuestos a la peligrosa justa. Avanzan por el circo y saludan a la concurrencia; lucen ricas bandas, y los brutos caracolean con gracia. Desean distinguirse en el peligroso juego, conquistar el aplauso fragoroso del gentío y la amable sonrisa de las bellas. Es el único pre-

mio a sus hazañas, el mismo que ansían los monarcas y los guerreros.

* * *

Cubierto con espléndido traje y brillante capa, siempre a pie, el ágil matador se coloca en el centro de la arena esperando al rey del mugidor rebaño. Antes ha recorrido con paso atento todo el terreno, por temor de que algún obstáculo desluzca su destreza. Su arma consiste en un sencillo dardo; combate desde lejos; es cuanto puede hacerse sin la ayuda del caballo fiel, a veces, ¡ay de mí!, condenado a derramar su sangre.

* * *

El clarín suena tres veces: es la señal. Abrese el antro, y el silencio reina en la apiñada multitud, que espera. El poderoso animal salta en medio de la arena, mira a su alrededor con ojos furiosos, hiere el suelo sonoro con la pezuña, mas no se lanza ciego sobre el enemigo. Su testa amenazadora gira de un lado a otro para medir el primer ataque; azota sus flancos con la cola; los ojos, rojos, dilatados, ruedan en las órbitas.

* * *

Se detiene, la mirada fija... ¡Atrás, joven imprudente, atrás! Apresta la lanza. Llegó el momento de perecer o de lucir el arte, que permi-

te parar la furiosa carrera del monstruo. El corcel da una corveta en el momento preciso. El toro corre espumeante de rabia; va herido; arroyos de púrpura se deslizan por sus flancos. Vuela, gira, ciego de dolor. Al dardo sigue otro dardo; a la lanza, otra lanza. El sufrimiento le arranca mugidos prolongados.

* * *

Vuelve, nada le intimida; ni lanzas ni dardos, ni los saltos rápidos del resoplante corcel. ¿Qué valen contra él ni hombres ni destructoras armas? Vanas son las armas; vano, más vano el hombre y su fuerza. Un generoso corcel yace convertido en destrozado cadáver; otro, ¡horrible espectáculo!, muestra por sangriento desgarrón las desnudas entrañas palpitantes. Va herido de muerte; arrastra sus débiles patas; vacilante y en lucha postrera, todavía defiende a su amo.

* * *

Por fin, vencido, ensangrentado, sin aliento, furioso, el monstruo está acorralado. Permanece inmóvil en medio del circo, rodeado por los dardos que le han herido, por trozos de lanza que se le han clavado, por enemigos que ha puesto fuera de combate. Los matadores voltean en torno, agitan el capote y blanden el hierro mortífero. Otra vez la bestia se precipita entre los enemigos con la rapidez del rayo. ¡Rabia impotente! Una mano pérfida arro-

ja sobre sus ojos inflamados el velo funesto ¡Todo ha terminado! Caerá en la arena.

* * *

En el sitio justo en que la poderosa testuz se inserta con las vértebras, la mortífera arma se hunde como en una vaina. La bestia se detiene, se estremece, desdeña huír. Cae lentamente; muere sin un gemido, sin una convulsión, mientras suenan gritos de triunfo. Colocan el cuerpo del toro en carroza ricamente decorada. ¡Espectáculo agradable a la multitud! Cuatro potros que no tascan freno, tan ágiles como bien domados, arrastran el pesado trofeo, y su velocidad es tal que apenas la mirada puede seguirlos.

* * *

Tales son los despiadados juegos que encantan a las vírgenes y a la juventud de España...

LORD BYRON.

Al pie de las últimas montañas de los Pirineos occidentales, la aldea de Sunya mira sus casas blancas reflejarse en las aguas límpidas del Vargas, que corre todavía pocas leguas, hasta mezclar su dulce caudal con el caudal salobre del Océano. Sobre los bordes del río, laureles blancos y rosas. Su tallo flexible, sus aromosas flores, crecen bajo la sombra protectora de gigantescos catalpas, que dejan colgar entre las anchas hojas racimos de blancas campanillas manchadas de púrpura y de oro. El cauce del río aparece cubierto de nenúfares; entre ellos, bandadas de cisnes blancos y negros pasan majestuosos empujados por el céfiro; su cuello flexible les sirve de timón.

Por todas partes, en el campo regado por el Vargas, áloes, pitas, cactos carnosos de potentes formas, yucas de flexibles espinas y flores de nítida blancura, mimosas, naranjos, granados, palmeras, cedros, tamarindos, acantos, árboles y plantas de Europa y de Oriente, perfumes y verdor; lo que la Naturaleza pródiga

ofrece bajo un cielo siempre clemente; desierto de vegetación, bendita tierra. El amante halla para su amada mil alcobas nupciales sostenidas por columnatas odoríferas y fragantes; allí no llega jamás indiscreto ruido que interrumpe gorjeos de amor.

En el centro de estas opulencias se halla la casa de Joaquina. Humilde, modesta morada, su único y más bello adorno es la lujuriante Naturaleza que la rodea...

Rara vez Joaquina aparecía en público. Tan sólo en la iglesia, durante las horas de plegaria, se la veía. Todos alababan su honesta reserva.

Sin embargo, una fiesta que en esta época emocionó al pueblo de Sunya, la decidió a salir de su retiro. Las corridas de toros con sus emocionantes peripecias, brillantes picadores, chulillos abigarrados, intrépidos matadores, son y serán maravilloso espectáculo en España. Algo de esto iba a verse en Sunya. De todos los extremos de la provincia llegarían gentes ansiosas de contemplar escenas de interés palpitante. La esperanza de hallar entre los forasteros al hermoso don José de Ribera influyó quizá en la determinación de la joven. Desde por la mañana, el pueblecito estaba animado. Llegaban multitud de forasteros que eran recibidos como amigos y huéspedes. En las calles, en la plaza, en el paseo, desbordaba la alegría; en los labios, sonrisas, dicha y contento retozaba en todos los cuerpos.

A la hora señalada, el pueblo en masa acudió a la plaza de toros, y el vasto anfiteatro se

colmó. Damas de todas edades, señoras de gran belleza. Entre ellas, así como el diamante destella entre las piedras preciosas y toma de cada una resplandores, así Joaquina, con su hermosura sin par.

Todas las miradas se clavaron en ella cuando entró radiante; la mantilla prendida sobre la magnífica cabellera, en el ébano de sus rizos se destacaba una rosa blanca.

Abrieron el toril, y los picadores entraron en suerte.

Toda la atención se fijó en la lidia.

Pero dos miradas permanecían fijas en Joaquina: la mirada del conde don Luis de Elipand, y la mirada de don José de Ribera.

—¡Bravo, picador! —gritó la multitud al ver una pica bien puesta, aprovechando el momento en que el toro iba a destrozar un caballo con peligro de muerte del jinete.

—¡Que la Santa Virgen te proteja, hijo mío! —exclamó Joaquina al temerario chulo que con rara intrepidez clavó banderillas llenas de cohetes, chisporroteantes, en el cuello musculoso y el costado de la bestia salvaje.

—¡Viva el toro! —gritaban, cuando el cuerno desgarraba las carnes y brotaba sangre del cuerpo de algún infortunado o poco diestro lidiador.

Llegó el turno al matador. El animal está en el paroxismo de la rabia. Humea su hocico; brota espuma y sangre de su boca. Lleva dos lanzadas en el costado; sus ojos flamean y su furor no tiene límites.

Aparece el matador; la multitud aplaude.

Su vestido resplandeciente está cargado de oro y bordados. Saluda al desenvainar su espada de doble filo, y el gentío le aclama. Descuelga del hombro de un peón la purpúrea capa y, con aire resuelto, se aproxima al toro.

La bestia embiste con los cuernos bajos; el matador la espera a pie firme.

Su vista perspicaz está fija en la cruz de la bestia. Esta pasa; no ha llegado el momento. De un salto, el matador se aparta, y los cuernos hieren el vacío. La multitud ruge impaciente; espera el desenlace y no aplaude la ligereza que lo retarda.

Pero el toro vuelve y el matador le espera frente a frente. La muleta escarlata deslumbra los ojos de la bestia. El matador está dispuesto; agarra un asta. ¿Va a perecer?... No..., porque su acerada cuchilla penetra en la cerviz y hace caer al adversario moribundo sobre la arena.

El drama ha terminado. La multitud grita: «¡Bravo, matador!», como gritaría «¡Bravo, toro!» si el cornúpeto resultara vencedor en la batalla.

Mientras todos clavan la mirada en el circo y siguen las peripecias de la lidia, se cubre el cielo de nubarrones sombríos. El aire se hace pesado; las flores, agobiadas por su propio peso, inclinan tristemente el cáliz; en los árboles, las hojas tiemblan, sin que el menor suspiro del viento agite el espacio. Grandes gotas de lluvia caen pesadamente en tierra: anuncian la proximidad de la tormenta que

va a inundar el país. Todos huyen a refugiarse en sus casas. Joaquina emprende precipitadamente el retorno hacia su morada; va por el sendero agreste bordeado por espinos en flor...

J. MERY.

Madrid, 25 octubre, 1830.

SEÑOR:

LAS corridas de toros todavía están muy en boga en España; pero entre los españoles de alta clase hay pocos que no sientan una especie de vergüenza en confesar su afición a un género de espectáculos demasiado cruel; así es que buscan razones graves para justificarla. Desde luego, son una diversión nacional. La palabra *nacional* bastaría por sí sola, porque el patriotismo de antecámara es en España tan fuerte como en Francia. Añaden en seguida que los romanos eran aún más bárbaros que nosotros, puesto que hacían combatir a los hombres contra los hombres. En fin, aducen los economistas que la agricultura se aprovecha de esta costumbre, porque el elevado precio de los toros de lidia estimula a los propietarios a criar numerosas vacadas. Hay que indicar que no todos los toros tienen el mérito de embestir a hombres y a caballos, y que, de veinte, apenas uno es bastante bravo para sa-

lir a la plaza; los otros diez y nueve son para la agricultura. El único argumento que no se atreven a decir y que, sin embargo, no tendría réplica, es que, cruel o no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo, produce emociones tan fuertes, que no se puede renunciar a él cuando se ha resistido el efecto de la primera corrida. Los extranjeros, que no entran sin cierto temor por primera vez en la plaza, y sólo a fin de cumplir en conciencia con los deberes de turista, se apasionan en seguida por las corridas de toros, tanto como los mismos españoles. Para afrenta de la Humanidad, hay que reconocer que la guerra, con todos sus horrores, tiene extraordinario encanto, sobre todo para los que la miran en seguridad.

San Agustín dice que en su juventud sintió extrema repugnancia por los combates de gladiadores, que nunca había visto. Incitado por un amigo a acompañarlo a una de aquellas pomposas matanzas, se había jurado a sí mismo cerrar los ojos durante el tiempo de la representación. En un principio cumplió bastante bien su promesa y procuró pensar en otra cosa; pero al grito que dió todo el pueblo al ver caer a un célebre gladiador abrió los ojos; los abrió y ya no pudo volver a cerrarlos. Desde entonces, hasta su conversión, fué uno de los aficionados más apasionados a las luchas del circo.

Después de tan gran santo me avergüenzo de citarme; sin embargo, usted sabe que no tengo gustos de antropófago. La primera vez que entré en la plaza de toros de Madrid temí

no poder soportar la vista de la sangre que allí se vierte en abundancia; temí, sobre todo, que mi sensibilidad, de la cual desconfiaba, me pusiese en ridículo en presencia de los aficionados acérrimos que me habían ofrecido un asiento en su palco. No ocurrió nada de esto. Después de la muerte del primer toro no pensé en salir. Pasaron dos horas sin el menor intermedio, y yo no me cansaba. Ninguna tragedia del mundo me interesó tanto. Durante mi estancia en España no falté a ninguna corrida, y lo confieso con rubor, prefiero las corridas de muerte a las capeas con toros embolados. Hay la misma diferencia que entre un combate sin cuartel y un torneo con lanzas corteses. Sin embargo, estas dos especies de corridas se parecen mucho; pero en la segunda el peligro para los hombres es casi nulo.

La víspera de una corrida es ya una fiesta. Para evitar accidentes, se conducen los toros al corral de la plaza, de noche (encierro); el día antes de la corrida, pacen en un soto a poca distancia de Madrid. Es motivo para dar un paseo el ir a ver a los toros, que a veces vienen de muy lejos. Gran número de coches, jinetes y peatones va al sitio llamado Arroyo. Muchos jóvenes visten en tal ocasión el elegante traje de majo andaluz, y hacen gala de magnificencia y de lujo, que no permite la sencillez de nuestros vestidos ordinarios. Por lo demás, este paseo ofrece algún peligro; los toros están en libertad; no obedecen fácilmente a los vaqueros. El curioso se encarga de evitarse una cornada.

Hay plazas de toros en casi todas las gran-

des poblaciones de España. Estos edificios son sencillos, por no decir groseros. Generalmente son grandes barracas de tablas, y se cita como una maravilla la plaza de Ronda, porque está enteramente hecha de piedra. Es el circo taurino más hermoso de España, como el castillo de Thunderten-Tronkh el más hermoso de Westfalia, porque tenía puertas y ventanas. Pero, ¿qué importa la decoración del teatro si el espectáculo es excelente?

La plaza de Madrid puede contener unos siete mil espectadores, que entran y salen sin confusión por gran número de puertas. El público se sienta en gradas de madera o de piedra; en algunos palcos hay sillas. El de su majestad católica es el único adornado con bastante elegancia.

La arena está rodeada por una fuerte valla, de unos cinco pies y medio de altura, provista por ambos lados y toda su extensión, a dos pies del suelo, de un resalto de madera, especie de estribo o escalón, que sirve al torero perseguido para saltar más fácilmente la barrera. Un corredor estrecho la separa de las gradas de los espectadores, tan altas como la barrera y preservadas, además, por dos cuerdas paralelas tirantes y sujetas a fuertes estacas. Es precaución que sólo data de algunos años. Un toro había saltado no solamente la valla, lo cual sucede a menudo, sino también la contrabarrera, llegando a las gradas, donde mató o estropeó a numerosos espectadores. Las cuerdas, tensas, parecen suficientes para evitar que semejante accidente se repita.

Cuatro puertas desembocan en la arena. La una comunica con el corral de los toros; la otra conduce al matadero, donde se desuella y descuartiza a los toros. Las dos restantes sirven para los actores humanos de esta tragedia.

Poco antes de la corrida, se reúnen los toreros en una sala inmediata a las cuadra y cercana a la enfermería. Allí están de guardia un cirujano y un cura.

En la sala hay una Virgen pintada en un cuadro; ante ella arden algunas velas. Debajo, una mesa con un braserillo que tiene carbones encendidos. Al entrar, cada torero se quita el sombrero ante la imagen y murmura una oración; saca un cigarro, lo enciende en el braserillo, y fuma hablando con los camaradas y los aficionados que discuten con ellos el mérito de los toros que se van a correr.

Mientrastanto, en un patio interior, los picadores prueban sus caballos y se preparan al combate. A este efecto, los lanzan a galope contra la pared, en la que apoyan una larga vara, a guisa de pica; sin dejar este punto de apoyo, enseñan a la cabalgadura a volverse rápidamente lo más cerca posible de la pared. Después se comprende que este ejercicio no es inútil. Los caballos que usan son rocines de desecho comprados a bajo precio. Antes de entrar en la plaza, por temor de que los gritos de la multitud y la vista de los toros los espanten, se les tapa los ojos y se les llena las orejas con estopa mojada.

El aspecto del circo es muy animado. El redondel, antes de la corrida, está lleno de gente,

y las gradas y los palcos ofrecen una masa confusa de cabezas. Hay dos clases de asientos: los de sombra, que son los más caros y cómodos, y los de sol, llenos de intrépidos aficionados. Se ven muchos más hombres que mujeres, y la mayor parte de éstas pertenecen a la clase de las manolas. Sin embargo, en los palcos lucen algunas trajes elegantes; pero pocas son las mujeres jóvenes. Las novelas francesas e inglesas han pervertido desde algún tiempo a las españolas y hacen que no respeten sus antiguos trajes. No creo que esté prohibido a los curas presenciar estos espectáculos; sin embargo, no he visto mas que uno en traje sacerdotal (en Sevilla). Me han dicho que van vestidos de paisano.

A una señal del que preside la corrida, un alguacil mayor, acompañado de otros dos con traje de Crispín, los tres a caballo, y seguidos de un piquete de caballería, hacen evacuar el redondel y el estrecho corredor que los separa del tendido. Cuando se ha retirado el alguacil con su séquito, un heraldo, escoltado por un notario y ocho alguaciles a pie, viene a leer enmedio de la plaza un bando que prohibe arrojar objetos al redondel, molestar a los toreros con gritos, ademanes, etc. En cuanto aparece, a pesar de la fórmula respetable «En nombre del rey, nuestro señor, que Dios guarde muchos años...», por todas partes suenan rechiflas y chillidos, que duran tanto como la lectura de la prohibición, que jamás se cumple. Allí, en la plaza, y sólo allí, el pueblo manda y hace lo que le da la gana.

Hay dos clases principales de toreros: los picadores, que lidian a caballo armados de lanza, y los chulos a pie, que hostigan al toro agitando telas de brillantes colores. Entre éstos figuran los banderilleros y los matadores, de quienes luego hablaré. Todos visten a la andaluza, como Fígaro, en *El Barbero de Sevilla;* pero en vez de calzones y medias de seda, los picadores llevan pantalones de cuero grueso; guarnecidos de madera y hierro, a fin de preservar sus piernas y sus muslos de las cornadas. A pie, andan perniabiertos, como compases, y si caen al suelo, apenas pueden levantarse, si no es con la ayuda de los chulos. Sus sillas son muy altas, de forma turca, con estribos de hierro, parecidos a zuecos, y que cubren enteramente el pie. Para hacerse obedecer de sus rocines llevan espuelas con púas de dos pulgadas de largo. Su lanza es gruesa, muy fuerte, concluye en una punta de hierro muv aguda; pero, a fin de prolongar la diversión, esta punta lleva un rodete de cuerda que no deja penetrar en el cuerpo del toro mas que una pulgada de hierro.

Uno de los alguaciles montados recibe en el sombrero la llave que le arroja el presidente. Esta llave no abre nada; pero el alguacil se la lleva al hombre encargado de abrir el toril, y en seguida huye a galope tendido, acompañado por la rechifla del gentío, que le grita que el toro ha salido y aun le persigue. La broma se repite en cada corrida.

Mientrastanto, los picadores se han colocado en su puesto. Ordinariamente hay dos a ca-

ballo en el redondel; dos o tres más aguardan fuera, dispuestos a reemplazarlos en caso de accidente, muerte, fractura grave, etc. Una docena de chulos a pie están repartidos en la plaza, para ayudarse mutuamente.

El toro, previamente irritado en el chiquero, sale furioso. Generalmente, de una embestida llega al medio de la plaza, donde se para en seco, sorprendido por el ruido que oye, y el espectáculo que le rodea. Lleva en la nuca un lazo de cintas sujeto por medio de un garfio que penetra en la piel. El color de estas cintas indica la ganadería de que procede; pero un aficionado experto reconoce a simple vista de qué provincia y a qué raza pertenece el animal.

Los toreros se acercan, agitan sus vistosas capas y procuran atraer el toro hacia uno de los picadores. Si la bestia es brava, ataca sin vacilar. El picador, con el caballo bien recogido y la pica bajo el brazo precisamente, frente al toro, escoge el momento en que baja la cabeza para dar la cornada, y le clava la pica en la cruz y no en otra parte (1), apoya la vara con todo el esfuerzo del cuerpo y al mismo tiempo hace salir al caballo por la izquierda, de manera que el toro quede a la derecha. Si todos estos movimientos están bien hechos, si el pica-

(1) Vi un día un picador derribado que iba a ser muerto, si su compañero no hubiera hecho retroceder al toro picándole en el hocico. La circunstancia servía de excusa. Sin embargo, oí gritar a los viejos aficionados: «¡Qué vergüenza! ¡Un puyazo en el hocico! Debieran echar a ese hombre de la plaza».

dor es robusto y el caballo manejable, el toro, llevado por su propia impetuosidad, pasa sin tocarlo. Entonces, los chulos han de entretener al toro a fin de que el picador tenga tiempo de alejarse; pero a menudo el animal reconoce quién le ha herido, se vuelve bruscamente, alcanza al caballo, le clava los cuernos en el vientre y le derriba con su jinete. Este es inmediamente socorrido por los peones; unos lo levantan, otros, echando sus capas a la cabeza del toro, le desvían, le atraen y se escapan corriendo hacia la barrera, que saltan con ligereza sorprendente. Los toros españoles corren tanto como un caballo; y si el torero estuviera lejos de la barrera, escaparía difícilmente. Por eso. es raro que los picadores, cuya vida depende siempre de la destreza del peón, se atrevan a adelantarse hasta el centro de la plaza. Si lo hacen, se considera como un rasgo extraordinario de audacia.

Una vez puesto de pie el picador, vuelve a montar en seguida su caballo. No importa que el pobre animal pierda borbotones de sangre, que sus entrañas arrastren por el suelo y se enreden en las patas; mientras el caballo pueda andar deberá presentarse al toro; si queda inutilizado, el picador sale de la plaza y vuelve al instante montado en otro caballo fresco.

He dicho que las picas no pueden producir sino una leve herida al toro, y no tienen más objeto que irritarle. Sin embargo, los golpes del caballo y el jinete, su movimiento y, sobre todo, las reacciones que experimenta deteniéndose

dose bruscamente, le faligan pronto. A menudo, el dolor de los puyazos le acobarda, y entonces no se atreve a embestir a los caballos y se niega a entrar, como se dice en jerga tauromáquica. Si es vigoroso, habrá matado ya cuatro o cinco caballos. Los picadores descansan y se da la señal de poner banderillas.

Estas consisten en unos palos de dos pies y medio, envueltos en papel recortado y terminados por una aguda punta de acero, arpada, a fin de que se quede en la herida. La manera más segura de clavarlas es acercarse calladamente al toro por detrás, excitarlo de pronto golpeando una banderilla contra la otra. El toro, sorprendido, se vuelve y embiste sin vacilar.

En el momento en que casi le toca, y cuando baja la cabeza para herir, el torero le clava a un tiempo las dos banderillas a cada lado del cuello, lo que no puede hacerse sino parándose un instante frente al toro y casi entre sus astas; luego se aparta, lo deja pasar y se aleja o salta la barrera, para ponerse en seguridad. Una distracción, un movimiento de vacilación o de miedo, bastaría para perderlo. Los inteligentes consideran, sin embargo, el acto de banderillear como el menos peligroso de todos. Si se cae al poner las banderillas, no debe levantarse, sino quedarse inmóvil en el sitio donde cayó. Muy rara vez el toro da con las astas en tierra, no por generosidad, sino porque al embestir cierra los ojos y pasa por encima del hombre, sin verle. Pero a veces se para, olfatea,

para cerciorarse de que está muerto; y reculando luego algunos pasos, baja la cabeza, para recogerlo con los cuernos; pero entonces los compañeros del banderillero le rodean y le distraen de tal modo, que le obligan a abandonar el supuesto cadáver.

Cuando el toro se ha mostrado cobarde, es decir, cuando no ha recibido valientemente cuatro picas, número de rigor, los espectadores, jueces soberanos, le condenan por aclamación a una especie de suplicio, que es a la vez castigo y medio de despertar su cólera. De todas parte se eleva el grito de: «¡Fuego, fuego!». Entonces se distribuye a los toreros, en vez de sus armas ordinarias, unas banderillas con el palo rodeado de fuegos artificiales. En la punta hay un pedazo de yesca encendida. Al penetrar el dardo en la piel, la yesca se corre, hasta tocar y encender la mecha de los cohetes, que queman al toro en la vivo y le hacen dar contorsiones y saltos, que divierten extraordinariamente al público. Es, en efecto, espectáculo admirable ver aquel animal enorme, espumeante de rabia, sacudiendo las banderillas ardientes, y agitándose en medio del fuego y del humo. A pesar de los señores poetas, debo decir que de todos los animales que he observado ninguno tiene menos expresión en los ojos que el toro. Es el que cambia menos de expresión; la suya es casi siempre de estupidez fiera y brutal. Raramente expresa su dolor con gemidos: las heridas le irritan o le espantan; pero nunca, permítaseme la frase, parece reflexionar sobre su suerte; jamás llora, como el

ciervo. Así es que no inspira lástima sino cuando se ha distinguido por su bravura (1).

Cuando el toro lleva al cuello tres o cuatro pares de banderillas, es hora de acabar con él. Suena un redoble de tambores, y en seguida uno de los diestros, previamente señalado, el matador, sale del grupo de sus camaradas. Ricamente vestido, cubierto de oro y seda, lleva larga espada y capote carmesí, sujeto a un bastón, para poderlo manejar más cómodamente. Es lo que se llama muleta. Se adelanta hasta el palco del presidente, y con profunda reverencia pide permiso para matar al toro. Es una formalidad que no suele verificarse mas que una sola vez para toda la corrida. El presidente, como es de suponer, contesta afirmativamente, con una inclinación de cabeza. Entonces el matador da un viva, hace una pirueta, arroja su montera al suelo y va al encuentro del toro.

En estas corridas hay leyes, como en el duelo; infringirlas sería tan infame como matar al adversario a traición. Por ejemplo, el matador no puede herir al toro mas que en el punto de reunión del cuello con la espalda, en lo que los españoles llaman la cruz. La estocada debe darse de arriba abajo, como si dijéramos, en se-

(1) A veces, y en ocasiones solemnes, el mango de la banderilla está envuelta con una redecilla de seda, en que se hallan encerrados algunos pájaros vivos. La punta de la banderilla, al penetrar en el cuello del toro, corta el hilo de la redecilla, y los pájaros escapan, después de haber revoloteado sobre las orejas del animal.

gunda; nunca por debajo. Antes perder mil veces la vida que herir al toro por debajo, por un lado o por detrás.

La espada de que se sirven los matadores es larga, fuerte, de dos filos; la empuñadura, muy corta, termina en una bola en que se apoya la palma de la mano. Se necesita gran costumbre y destreza particular para servirse de esta arma.

Para matar bien a un toro, hay que conocer a fondo su carácter. De este conocimiento depende no sólo la gloria, sino la vida del matador. Se comprende: hay entre los toros tantos caracteres distintos como entre los hombres; sin embargo, se distinguen dos divisiones bien marcadas: los claros y los obscuros. Hablo en lenguaje taurino. Los claros atacan francamente; los obscuros, por el contrario, son astutos y tratan de coger al hombre a traición. Estos últimos son sumamente peligrosos.

Antes de dar la estocada a un toro, el matador le presenta la muleta, le excita, y observa con atención si embiste francamente en cuanto la percibe, o si se acerca despacio para ganar terreno y arremeter a su adversario cuando se halla demasiado cerca, para evitar el golpe. Con frecuencia se ve al toro sacudir la cabeza con aire amenazador, escarbar la tierra con las pezuñas, sin querer avanzar, y hasta retroceder a paso lento, procurando atraer al hombre al centro de la plaza, donde no se le podrá escapar. Otros, en vez de embestir en línea recta, se acercan oblicuamente, poco a poco, fingiendo cansancio; pero, luego que han calculado la distancia, se lanzan como un rayo.

Para el que entienda algo de tauromaquia, es espectáculo interesante observar la brega del matador con el toro; como dos generales hábiles, parecen adivinarse las intenciones y varían sus maniobras a cada instante. Un movimiento de cabeza, una mirada de reojo, una inclinación de oreja, son para un matador experto otras tantas señales no equívocas de las intenciones de su enemigo. Por fin, el toro, impaciente, se lanza contra la tela roja con que el matador se cubre de intento. Su vigor es tal, que derribaría una pared de una cornada; pero el hombre le esquiva con ligero movimiento de cuerpo y desaparece como por encanto, sin dejarle mas que el trapo volante, que le pasa por encima de las astas, desafiando su furor. La impetuosidad del toro le arrastra hasta cierta distancia de su adversario. Entonces se detiene bruscamente, poniendo rígidas las patas, y estas reacciones bruscas, violentas, le fatigan de tal modo, que, de continuar, bastarían para matarlo. Por eso Romero, el famoso maestro, dice que un buen matador debe matar ocho toros con siete estocadas. Uno de los ocho muere de fatiga y de rabia.

Después de varios pases, cuando el matador cree conocer bien a su antagonista, se prepara a darle el golpe final. A pie firme, se le coloca delante y le espera, inmóvil, a la distancia conveniente. El brazo derecho, armado con la espada, está doblado a la altura de la cabeza; el izquierdo, extendido, sostiene la muleta, que, casi rozando el suelo, hace bajar la cabeza al toro. En este momento es cuando el matador

le da el golpe mortal, con toda la fuerza de su brazo, aumentada con el peso de su cuerpo y la impetuosidad del toro. La espada, de tres pies de largo, entra a menudo hasta el puño; y si el golpe ha sido certero, el hombre ya nada tiene que temer: el toro se para en seco; no vierte sangre; levanta la cabeza; le tiemblan las piernas, y, de pronto, se desploma como masa pesada. Inmediatamente, de todas las gradas parten vivas ensordecedores; los pañuelos se agitan, vuelan los sombreros sobre la arena, y el héroe vencedor envía modestamente saludos a todos lados.

Se dice que antiguamente no se daba mas que una estocada; pero ahora todo degenera, y es raro que el toro caiga al primer golpe. Sin embargo, si parece mortalmente herido, el matador no redobla, sino que los peones le hacen dar vueltas toreándole con las capas, para aturdirlo en poco tiempo. Tan pronto como cae, un chulo lo remata de una puñalada asestada en la nuca, y el animal expira al instante.

Se ha notado que casi todos los toros tienen en el circo un punto al que siempre vuelven. Se le llama la querencia. De ordinario es la puerta del toril, por la cual han salido. A veces, el toro, con la estocada fatal clavada hasta la empuñadura, atraviesa la plaza a pasos lentos, desdeñando a los toreros y las capas con que le persiguen. Ya no piensa mas que en morir cómodamente. Busca el sitio que le gusta, se arrodilla, se tiende, estira la cabeza y muere tranquilamente, si una puñalada no viene a abreviar su fin.

Si el toro no embiste, el matador se echa encima, y, en el momento en que baja la cabeza, le clava la espada (estocada a volapié); pero, si no baja la cabeza y huye siempre, es necesario, para darle muerte, emplear un medio muy cruel. Un hombre armado de una larga vara con una cuchilla semicircular al extremo (media luna) corta traidoramente los jarretes por detrás, y, cuando ha caído, se le acaba con la puntilla. Es el único episodio de la lidia que repugna a todos. Es una especie de asesinato. Afortunadamente, es raro que haya que apelar a eso para matar a un toro.

La música anuncia la muerte. En seguida entran al trote tres mulas enjaezadas; se atan los cuernos del toro con una cuerda, se pasa un gancho y las mulas parten a galope. En dos minutos, los cadáveres de los caballos y el del toro desaparecen.

Cada lidia dura unos veinte minutos, y ordinariamente se matan ocho toros en una tarde. Si la diversión ha sido mediana, a petición del público concede el presidente uno o dos toros más.

Se ve, pues, que el oficio de torero es bastante peligroso. Un año con otro mueren dos o tres en toda España. Pocos son los que llegan a una edad avanzada. Si no mueren en el circo tienen que renunciar pronto a causa de sus heridas. El famoso Pepe-Illo recibió, durante su vida, veintiséis cornadas: la última le mató. El salario, bastante elevado, de esta gente no es el único móvil que les hace emprender su oficio peligroso. La gloria y los aplausos les

hacen arrostrar la muerte. ¡Tan grato es triunfar ante cinco o seis mil personas! De modo que no es raro ver aficionados de familia distinguida compartir los peligros y la gloria de los toreros profesionales. He visto en Sevilla a un marqués y a un conde ser picadores en una corrida pública. Cierto es que el público no muestra indulgencia con los toreros. La menor señal de timidez es castigada con gritos y silbidos. Las más atroces injurias llueven de todas partes; y hasta sucede, a veces, que por orden del pueblo, y ésta es la demostración más terrible de su indignación, un alguacil se acerca al torero y le intima, bajo pena de cárcel, que ataque sin demora al toro.

Un día, el actor Maiquez, indignado al ver a un matador que vacilaba en presencia del más obscuro de los toros, lo llenaba de injurias. «Señor Maiquez —le dijo el matador— aquí no se trata de mentiriquillas, como en el escenario». Los aplausos y el deseo de crearse una reputación o de conservar la fama adquirida obligan a los toreros a aumentar los peligros a que se hallan naturalmente expuestos. Pepe-Illo, y después Romero, se presentaban ante el toro con grillos en los pies. La sangre fría de estos hombres en los mayores peligros tiene algo de milagroso. Recientemente, el picador Francisco Sevilla fué derribado y su caballo destripado por un toro andaluz, de fuerza y agilidad prodigiosas. Este toro, en vez de dejarse distraer por los peones, se encarnizó con el hombre, lo pisoteó y le dió gran número de cornadas en las piernas; pero, notando que se

hallaba demasiado bien protegido por el pantalón de cuero, forrado de hierro, se volvió y bajó la cabeza para clavarle el asta en el pecho. Entonces Sevilla, incorporándose con esfuerzo desesperado, cogió con una mano al toro por la oreja y con la otra le metió los dedos por las narices, mientras apoyaba su cabeza contra la de la fiera por debajo. En vano el toro le sacudió, le pisoteó, le golpeó contra el suelo: nunca pudo hacerle soltar la presa. Mirábamos con el corazón oprimido aquella lucha desigual. Era la agonía de un valiente; casi se sentía que se prolongase; nadie podía gritar, ni respirar, ni apartar la vista de aquella escena horrible, que duró cerca de dos minutos. Por fin, el toro, vencido por el hombre en combate cuerpo a cuerpo, lo abandonó para perseguir a los toreros. Todo el mundo esperaba ver trasportar a Sevilla en brazos fuera del redondel. Lo levantan, y apenas se halla en pie, coge una capa y quiere citar al toro, a pesar de sus pesadas botas y la incómoda armadura de sus piernas. Le arrebataron la capa, si no esta vez se hace matar. Le llevaron un caballo; salta encima, ardiendo de cólera, y ataca de nuevo al toro en medio de la plaza. El choque de los dos valientes adversarios fué tan terrible que caballo y toro cayeron de rodillas. ¡Oh!, si hubiera usted visto los vivas; si hubiera usted visto la alegría frenética, la especie de embriaguez de la muchedumbre viendo tanta valentía y tanta suerte, hubiera usted envidiado, como yo, al picador Sevilla. Este hombre se hizo inmortal en Madrid.

Junio, 1842.

P. D.—¡Ay! ¡Qué es lo que acabo de saber! Francisco Sevilla murió el año pasado. Murió no en la plaza, donde debía acabar, sino de una enfermedad del hígado. En Carabanchel, cerca de aquellos grandes árboles que amó tanto, lejos del público, por el cual tantas veces arriesgó su vida.

Le había vuelto a ver en Madrid en 1840 tan valiente, tan temerario como en la época en que escribí la carta anterior. Le vi más de veinte veces morder el polvo bajo su caballo destripado; le vi romper numerosas varas y hacer prodigios de valor con los terribles toros de Gaviria. «Si Francisco Sevilla tuviese cuernos —decían en la plaza— no habría torero que se atreviese a ponérsele delante». La costumbre de la victoria le inspiraba audacia inaudita. Cuando se presentaba delante de un toro se indignaba de que la bestia no le tuviese miedo: «¿Es que no me conoces?» —le gritaba, furioso, y no tardaba en demostrarle con quién se las había.

Mis amigos me proporcionaron el gusto de comer con Sevilla; comía y bebía como un héroe de Homero, y era el compañero más alegre que se pudiera encontrar. Sus modales andaluces, su humor jovial y su caló, lleno de metáforas pintorescas, tenían atractivo particular en aquel coloso, que parecía creado por la Naturaleza para exterminarlo todo.

Una señora española, huyendo de Madrid en ocasión en que el cólera hacía estragos, fué a

Barcelona en la diligencia en que se encontraba Sevilla, que iba a la misma ciudad para una corrida anunciada con mucha anticipación. Durante el camino, la cortesía, la galantería, las atenciones de Sevilla no se desmintieron un solo instante. A las puertas de Barcelona, la Junta de Sanidad, necia como todas, anunció a los viajeros que tendrían que hacer una cuarentena de diez días, excepto Sevilla; su presencia era demasiado deseada para que las leyes sanitarias le fuesen aplicables; pero el generoso picador desechó enérgicamente aquella excepción, tan ventajosa para él.

—Si la señora y mis compañeros no son admitidos a libre plática —dijo resueltamente—, no picaré.

Entre el temor del contagio y el de perder una buena corrida, no había duda. La Junta cedió; hizo bien, porque si se hubiese obstinado, el pueblo hubiera quemado el lazareto con el personal dentro.

Después de haber pagado mi tributo de alabanzas y de recuerdo a los manes de Sevilla, debo hablar de la celebridad que reina actualmente, sin rival en la plaza. En Francia se conoce tan mal lo que pasa en España, que aquende los Pirineos hay quizá personas para quienes el nombre de Montes es todavía desconocido.

Todo lo que la fama ha publicado de verdadero o falso acerca de los matadores clásicos, Pepe-Illo y Pablo Romero, Montes lo hace ver cada lunes en el *circo nacional*, como dicen ahora. Valor, gracia, sangre fría, destreza ma-

ravillosa, todo lo reúne. Su presencia en la plaza anima, transporta a actores y a espectadores. Ya no hay toros malos ni toreros cobardes; cada uno se excede a sí mismo. Los diestros de dudoso valor se convierten en héroes cuando Montes los guía, pues saben que con él nadie corre peligro. Un gesto suyo basta para desviar al toro más furioso en el momento en que va a herir al picador caído. Nunca se ha visto la media luna en la plaza donde torea Montes. Claros, obscuros, todos los toros son buenos: los fascina, los transforma, los mata cuando y como le place. Es el primer torero a quien he visto gallear al toro, es decir, presentarse de espaldas al animal furioso para hacerle pasar bajo el brazo. Apenas se digna volver la cabeza cuando el toro le embiste. A veces, con la capa puesta, atraviesa el circo seguido por el toro; la bestia, rabiosa, le persigue sin poderle alcanzar, y, sin embargo, está tan cerca de Montes que cada cornada levanta el extremo de la capa. Es tan grande la confianza que Montes inspira, que para los espectadores la idea del peligro ha desaparecido; lo único que sienten es admiración.

Montes pasa por tener opiniones contrarias al actual orden de cosas. Dicen que fué voluntario realista y que es *cangrejo*, es decir, moderado. Si esto aflige a los buenos patriotas, éstos no pueden sustraerse al entusiasmo general. He visto descamisados echarle los sombreros con entusiasmo y suplicarle que se los pusiera un instante sobre su cabeza (costumbres del siglo XVI). Brantôme dice en alguna

parte: «He conocido a muchos caballeros que, antes de ponerse sus medias de seda, rogaban a sus damas y amantes que las estrenasen, llevándolas ocho o diez días, más bien más que menos, y las llevaban después con gran veneración y contento de espíritu y de cuerpo.»

Montes tiene el aire distinguido. Vive noblemente y se consagra a su familia, cuyo porvenir ha asegurado con su talento. Sus maneras aristocráticas disgustan a algunos toreros, que le tienen envidia. Recuerdo que se negó a comer con nosotros cuando invitamos a Sevilla. En aquella ocasión Sevilla nos dió su opinión sobre Montes con su habitual franqueza. «Montes no fué realista; es buen compañero, luciente matador, atiende a los picadores; pero es un p... Esto quiere decir que fuera de la plaza viste de frac, no va a la taberna y tiene modales finos.»

Sevilla es el Mario de la Tauromaquia, y Montes el César.

MERIMÉE.

Bajo el balcón real, la barrera de madera estaba rota y substituída por un muro de pechos y de alabardas; es uno de los privilegios del Cuerpo de Alabarderos de la Reina: cuando el toro se dirige hacia ellos, cruzan las lanzas, y si le matan les pertenece. No corren gran peligro; son viejos soldados aguerridos y bien armados. Pero la situación de los alguaciles nos parece mucho más melancólica.

Una vieja usanza, preciosamente conservada, que es la delicia y la alegría del pueblo de Madrid, ordena que en estas solemnidades estén en la plaza durante el tiempo que dura la corrida seis alguaciles a caballo, mirando hacia el palco real y, por consiguiente, sin ver nada de lo que pasa detrás de ellos. Permanecen así, sin otra arma, contra los ataques del toro, que su varita de madera; son presa de las angustias del miedo, que se traslucen por contorsiones y gestos que el público, muy poco tierno en aquel momento, acoge con silbidos y carcajadas. A pesar de la severidad de sus vestidos negros, estos pobres diablos son los graciosos, los tontos, los payasos de la sangrienta comedia.

Las corridas reales ofrecen la particularidad de que se pueden ver caballeros en plaza, es decir, personas de buena familia, que no son toreros de profesión y que aparecen en estas ocasiones en el circo: lidian a caballo y tienen por arma el rejoncillo, especie de lanza de hierro agudo, de astil frágil que se rompe al choque. Los caballeros en plaza están apadrinados por los más grandes señores, que hacen gastos locos para equipar a ellos y a su séquito. El deseo de demostrar destreza y valor, la esperanza de obtener la pensión de ocho mil reales y el grado de escudero de la reina, deciden a los campeones, que jamás faltan. Ellos, ordinariamente, empiezan la corrida, y su presentación se verifica con lujo y ceremonia que merecen descripción detallada.

El cortejo desemboca en la plaza por la arcada de la calle de Toledo, en el orden siguiente: primeramente, una carroza arrastrada por cuatro hermosos caballos bayos, con magníficos arneses rojos y riendas blancas; era la del conde de Altamira, que venía en rico traje de corte, con el caballero en plaza, su ahijado, don Román Fernández, vestido a la austriaca, de azul celeste y blanco; el espada Jiménez, conocido por el apodo de el Morenillo, acompañaba la carroza con su cuadrilla para defender y proteger en caso necesario al ahijado de su excelencia.

Segundo: otra carroza con seis caballos bayos claros, con arneses de rojo amapola, cubiertos de cintas y flores. Conducía al duque de Abrantes, con uniforme de maestrante de Sevi-

lla, y a su protegido, don Antonio Miguel Romero, con traje de la época de Felipe IV, ferreruelo y jubón de terciopelo verde, con cuchillos y ornamentos blancos, botas y calzones de piel, espada y espuelas doradas. José Redondo, más conocido con el mote del Chiclanero, marchaba al lado seguido de su cuadrilla.

Tercero: el carruaje del duque de Medinaceli: seis admirables caballos negros empenachados de blanco, acicalados con rosas y flores, conducían, piafando, al duque y a su caballero en plaza, don Nicolás Cabañas, vestido de azul y blanco. Juan León y su cuadrilla formaban detrás del brillante cortejo.

Cuarto: un carruaje de forma elegante y extraña, a la antigua usanza, en la cual solamente dos personas podían ir, tirado por seis soberbios caballos bayos, empenachados de rojo, conducía al duque de Osuna y a su ahijado, don Federico Varela y Ulloa, en traje carmesí; el ilustre, el gran Montes y su cuadrilla rodeaban el coche.

Las cuatro carrozas fueron sucesivamente a detenerse bajo el balcón de la reina. Los caballeros en plaza descendieron con sus padrinos, y siguiendo la costumbre, doblaron la rodilla ante su majestad, y le pidieron permiso para combatir; después montaron en las carrozas, que dieron lentamente la vuelta a la arena para volver a la puerta por la que habían entrado. Veintiocho caballos de buena estampa, la mayoría fogosos, conducidos al diestro por lacayos de la casa real, con libreas recamadas de oro, seguían detrás de los carruajes en una

sola fila. Eran los caballos destinados a los rejoneadores. Siete llevaban silla azul; siete, silla verde; siete, sillas color paja, y siete, sillas rosas de raso labrado, de una frescura y de una riqueza deslumbradora. Lejos estaban estos nobles corceles procedentes de las cuadras de la reina, de los pobres rocines condenados a ser destripados en las corridas ordinarias. Con ellos no se podía temer las hecatombes caballunas, que parecen tener por objeto el aplacar de antemano a los manes del toro sacrificado por el hombre; tenían jarretes para resistir el choque o para salvarse huyendo.

Entre los veintiocho caballos, se escogieron cuatro para los caballeros en plaza, quienes al cabo de algunos minutos, muy largos para el público impaciente, reaparecieron a caballo en la arena, precedidos de dos filas de lanceros a la Chamberga, de siete reyes de armas, de pajes y de escuderos, y de una multitud de comparsas ricamente vestidos; espectáculo singular, que nos trasporta al ensueño, viendo formas y colores de edades pasadas, vivir y hormiguear a la luz pura del sol. Mezcla de disfraces y de realidad, asombra más que lo que pudiera decirse; se busca involuntariamente el escenario y las bambalinas y sorprende esta fantasmagoría encerrada entre objetos reales.

Después vienen las cuadrillas de los toreros; la primera, verde y plata; la segunda, azul y plata; la tercera, castaño y oro; la cuarta, rojo y plata; en lugar de la coqueta montera que habitualmente llevan, van cubiertos con el antiguo sombrero español de media luna y dos

picos, como se ven en los caprichos al aguafuerte del pintor Goya.—Este sombrero, de etiqueta más rigurosa y de aspecto más correcto, no nos pareció que valía mucho más que la bonita montera cargada de nudos y de pompones que el espada arroja con tanta majeza cuando llega el momento de jugarse el todo por el todo.

Doce picadores alineados de tres en tres, con los colores de la cuadrilla a que pertenecen por llevar los mismos matices y bordados en sus trajes y en sus sillas, forman el cortejo. Decir Gallardo, Muñoz, Romero, Lerma, es nombrar a los más ilustres maestros en el arte difícil de picar; allí estaban. ¡Ay!, tú faltabas, hercúleo Sevilla, de mirada brillante, cara morena y jovialidad heroica, que tan profundamente nos impresionaron antes. La pica se escapó de tu valiente mano, y la enfermedad te ha derribado; a ti, que hacías sentarse a los toros sobre sus jarretes, tu nombre está escrito ahora entre los de las celebridades de la tauromaquia, en los carteles azules de la plaza de Alcalá, entre los de Pepe-Illo, Romero y otros héroes. Si se conserva en el otro mundo algún recuerdo de éste, tu gran osamenta se habrá estremecido en la tumba, de dolor por no poder asistir a esta corrida, y no realizar las hazañas que levantaban gritos delirantes.

La retaguardia estaba formada por las mulillas, plagadas de borlas y de cascabeles; tenían la misión de llevar al matadero el cuerpo de las reses muertas; palafreneros con vestido y pantalón de terciopelo azul, medias blancas,

zapatos y sombrero de media luna, les contenían con esfuerzo. Verificadas estas ceremonias, se retiró el cortejo, y no quedaron en la plaza mas que los lidiadores y las personas indispensables.

De los cuatro gentilhombres, dos parecían muy medianos jinetes, y luchaban contra la fogosidad de sus caballos, con más o menos fortuna; hasta uno de ellos, campeón del duque de Medinaceli, había sido desmontado y obligado a hacer a pie su reverencia ante el balcón real; don Miguel Romero, por su seguridad modesta y su gracia al manejar el caballo, parecía reunir más simpatías, y si la moda inglesa de las apuestas existiera en España, como en Francia, el dinero hubiese estado de su parte.

Los caballeros se colocaron en su sitio, el rejón en la mano, teniendo cada uno de ellos a su lado al espada que debía librarles de las cornadas y defenderles en caso de peligro...

Ansiosa atención oprimía el pecho de treinta mil espectadores.

* * *

Por fin, la llave del toril, sujeta a una magnífica lazada de cintas, fué arrojada desde el balcón de la reina al alguacil; éste la llevó al mozo de servicio.

La música lanzó sonidos brillantes; sesenta mil ojos se volvieron simultáneamente hacia el mismo lado; la más hermosa mujer del mundo, ataviada con suprema coquetería, no hubiera podido alcanzar allí ni una ojeada.

Las pesadas puertas del toril se abrieron, y salió... una bandada de blancas palomas que se esparcieron, asustadas, como copos de pluma llevados por el viento.

Lo mismo antiguamente en Francia, durante la consagración de los reyes, se lanzaban centenares de pájaros, que revoloteaban bajo la bóveda de la catedral y concluían por abrasarse las alas en los cirios del altar.

Esta mezcla de ternura y de barbarie, que hace abrir la jaula de las palomas para darles libertad y la prisión del toro para darle muerte, forma un contraste bastante raro, y, sin embargo, natural.

El toro vacilaba en pasar de la obscuridad de su caverna a la luz plena de la plaza. Un sombrero que arrojaron delante de la puerta le decidió. Era un toro de Mazpule; llevaba sobre el lomo espléndida divisa blanca, bordada en plata. La divisa, el lector lo sabe sin duda, es una lazada de cintas fija en la piel del toro por un arponcillo; su color sirve para indicar la vacada de donde procede; entre los ganaderos figuran los más ilustres apellidos de España...

El valiente toro partió deliberadamente contra los caballeros en plaza; el señor Romero rompió tres rejoncillos y sacó herido el caballo; el señor Varela rompió asimismo una lanza, y el toro cayó muerto del puntazo.

Las puertas del arrastradero se abrieron y las mulillas llegaron piafando, engallándose, levantando en el aire grupos de palafreneros colgados a las riendas. Fué un trabajo ímprobo el hacerles acercarse al toro muerto para

engancharle. El segundo toro, de color castaño obscuro, con divisa roja y blanca, pertenecía a los señores duques; era solapado y tímido; don Miguel Romero le puso nueve rejones con mucha destreza, y el señor Varela, dos, y como no muriera, le remató León de una estocada, un metisaca, como se dice en España, dado sin preparación ninguna. El tercero, con divisa verde y blanca, de Utrera, patria de los buenos toros. Se precipitó en la arena con impetuosidad de buen augurio; pero tenía que habérselas con un valiente campeón, ex teniente del regimiento de María Cristina, que le demostró bien pronto que si no era torero de profesión era muy temible.

Este toro, sin asustarse por los dos rejones que había recibido, uno de Romero y otro de Varela, embistió al primero con la cabeza baja, pasó los cuernos bajo el petral del caballo, lo levantó en el aire y lo lanzó patas arriba, encima del jinete.

Hubo un momento de espanto indecible y de supremo terror: todo el mundo creyó que el valiente Romero yacía aplastado bajo el peso del caballo.

La hermosa cabeza pálida del Chiclanero se puso lívida, y, con la prontitud del rayo, la turba de banderilleros esparcida en la plaza se concentró en un solo punto. Veinte capas rosas, amarillas, azules, se agitaron para distraer al toro; las mujeres ya llevaban el pañuelo a sus ojos, cuando ocurrió una cosa maravillosa, efecto teatral que desesperaría a un dramaturgo.

El caballo que se creía destrozado se levantó, con su jinete sobre la silla; Romero no estaba aplastado, ni siquiera había perdido los estribos; entonces se elevó desde los tendidos, las galerías, los balcones, las cornisas, los tejados, un alarido de aclamaciones, inmenso, universal, prodigioso; la misma voz brotaba de treinta mil pechos. ¡Qué torrente de voluptuosidad debe de inundar el corazón del hombre que es aplaudido así! Los espectadores, agazapados en los rincones más lejanos, contestaron a este trueno como un eco, y, a riesgo de precipitarse, se inclinaron todavía más, para poder percibir la silueta del héroe de la corrida. Pero esto todavía no era nada.

El toro, que se había alejado persiguiendo a a algún chulo, dió siete u ocho pasos hacia el caballo, se paró, movió dos o tres veces la cabeza con aire torvo, agitó, con fruncimiento de la piel, el pedazo de rejón clavado en la espalda, se arrojó un poco de tierra bajo el vientre, y pareció desear la continuación del ataque; pero súbitamente, y sin que nadie pudiera prever el desenlace, giró sobre sí mismo y rodó, con las cuatro pezuñas en alto, lanzando un sordo mugido: estaba muerto.

Romero, al caer, le había metido su lanza hasta el corazón en el sitio que en España se llama la cruz, que se encuentra en el extremo del lomo, donde empieza el cuello, entre los omoplatos. Cuando la multitud se dió cuenta de este milagro, al entusiasmo siguió el frenesí: truenos de aplausos, huracanes de bravos, estallaron por todas partes con furia increíble.

Tales gritos, tales rugidos, que se temía quedar sordo. Estas manifestasiones todavía parecían frías; cada uno arrojaba lo que tenía a mano: sombreros, abanicos, lentes, pañuelos, ramos y cajas de pastillas.

Alejandro Dumas tiró una petaca de mil francos, según dijeron los periódicos.

Era rabia, delirio, vértigo; las reinas, los infantes, los príncipes, los grandes dignatarios, todo el olimpo del balcón real, a pesar de la etiqueta, se emocionaba, como simples mortales.

El duque d'Aumale, sobre todo, aplaudía con furor.

Sobre las cuerdas de la barrera, sobre el hierro del balcón, sacando el cuerpo más que a medias, con desprecio de las leyes de la estática, se colgaba multitud de individuos de todas edades y condiciones; moviéndose como posesos, agitando los brazos, hacían mil contorsiones extravagantes, gritando:

—¡Bien, bien, Romero!

Este *bien* tendría necesidad de una escritura particular, para hacer comprender todo su valor. Los españoles le dan un acento especial, y en su boca este monosílabo adquiere una intensidad de aprobación inconcebible; otros, tratando de hacer destacar su grito admirativo del estrépito general, extraían de sus pulmones, con toda la fuerza, el mayor ruido posible; pero no se oía salir ningún sonido de sus bocas abiertas, la tempestad universal apagaba todas las pequeñas bacanales particulares.

Que sensación más fuerte debe experimen-

tar en este momento el alma del héroe, objeto de tanto entusiasmo. Una ovación así no sería excesivamente pagada con veinte existencias, y para obtenerla presentaríamos el pecho desnudo ante los cuernos de todos los toros de Andalucía y de Navarra; en este momento, Romero era el rey de Madrid, todos los corazones le pertenecían, y en aquella tarde ninguna española hubiera rehusado sus amorosos dones a tan valiente caballero.

Por fin, se restableció la calma; tocó la música y se abrió la puerta a un nuevo toro. El diestro y valeroso campeón del duque de Abrantes quedaba solo entre los cuatro gentiles hombres. Los otros, a excepción del señor Varela, no habían hecho mas que aparecer, y bien pronto fueron puestos fuera de combate por violentas caídas; uno de ellos fué sacado del circo, vacilante, estropeado, sostenido por los mozos de servicio; el otro, llevado sin conocimiento, murió al día siguiente: su caballo le había aplastado el pecho.

El cuarto toro, de Gabiria, terminó bien pronto su carrera: cayó muerto al tercer rejón que la puso al heroico caballero.

No queriendo dejar más tiempo a don Miguel Antonio Romero, expuesto a los peligros que corría solo, y temiendo, sin duda, que excitado por el entusiasmo público se dejara llevar por su audacia exagerada y no fuera arrebatado por la locura del valor, su majestad hizo que le dijeran que estaba satisfecha y que podía retirarse.

Don Miguel Antonio Romero, después de

haber dado gracias a la graciosa soberana, se retiró tranquilo y fresco, como si no hubiera pasado nada; fué a sentarse a un balcón, y desde allí presenció tranquilamente la corrida, en la cual había figurado tan brillantemente.

Al día siguiente, su alteza real el duque de Montpensier envió a don Miguel Romero la espada que llevaba el día de su boda. El puño de oro, delicadamente cincelado, con ornamentos de plata de gusto exquisito, y las iniciales del príncipe. El duque de Abrantes regaló a su valiente ahijado un magnífico reloj de oro, y la reina le nombró caballerizo de Palacio...

* * *

Llegó el momento a los toreros de profesión, y la corrida volvió a su curso ordinario; los picadores fueron a ponerse en su sitio: se hizo salir al quinto toro, bayo, claro, de don Elías Gómez, divisa azul y blanca. Recibió cinco picas y puso un caballo fuera de combate; le colgaron un par de banderillas juntas y dos medios pares, después de lo cual fué muerto de muchas estocadas a volapié por Juan Jiménez, las unas en hueso, las otras dadas con precipitación y apenas clavadas. Con dos pinchazos terminó su agonía.

El sexto, de Gabiria, de color obscuro, no se arrojaba sobre los obstáculos tan ciegamente como los otros; parecía reflexionar, y antes de dar la cornada quedaba algunas veces como contemplando al picador; esto no le impidió despanzurrar a dos caballos y enviar por el

aire a los pesados jinetes y moldear sus cuerpos en hueco en la arena, cuando no ganaban a toda velocidad, gateando, el estribo de la barrera. Montes, el gran Montes, que apareció en el circo en esta gran solemnidad, a pesar de ser rico, casado y retirado de las plazas, hizo con este toro la brega que ningún torero ha igualado. Es menester ver el garbo supremo de Montes, agitando su capa ante el hocico de la bestia furiosa, rodeándole los cuernos como un turbante, haciendo remolinos de mil modos con los pliegues brillantes de la seda; después, cuando el monstruo exasperado se precipita sobre él, embozándose de la manera más majestuosa, le burla con un imperceptible movimiento de cuerpo.

Tres pares de banderillas fueron puestos al toro con mucha valentía y destreza. Sacudiéndose para desembarazarse, el pobre animal dió la libertad a una nube de pajarillos encerrados en una delgadísima red atada al mango de la banderilla, dispuesta de manera que las mallas se rompan al menor choque, o sean cortadas por el arpón cuando se clava. Estos rebuscamientos sólo se usan en las grandes ocasiones. Los palos de las banderillas están habitualmente cubiertos con papel picado; esta vez, para mayor galantería, los pajarillos llevaban al cuello cintas con los colores españoles, amarillo y rojo. Otras banderillas estaban guarnecidas con flores y hojas. De modo que se hubiera tomado a los toros enguirnaldados así por víctimas de un sacrificio antiguo

Se tocó a muerte, y Montes se adelantó, la

espada en una mano y la muleta en la otra: la muleta, como se sabe, es un trozo de tela escarlata, sujeta en un bastón transversal que sirve al matador para distraer la atención de su cornudo adversario; la espada de dos filos, larga, fuerte, flexible, escogida entre las mejores hojas de Toledo, que conserva el secreto del buen temple; el puño tiene forma especial, y, según se dice, no se adaptaría a la mano para otro ejercicio; termina en una bola de cobre que se apoya en el interior de la palma de la mano y permite al torero empujar la estocada a fondo pesando con todo su cuerpo sobre la cruz de su espada.

Con un golpe en todo lo alto, perfectamente clásico, Montes despachó al animal con la maestría que solamente le pertenece. Ni esfuerzo, ni violencia, nada que indique temor ni peligro: parece que cuando se ve a Montes en lidia que no hay nada tan fácil como matar un toro; la espada entra en el cuerpo como en manteca. La herida se cierra tan exactamente por el hierro y el lugar es tan justo que no se ve una gota de sangre, y la muerte llega antes que la agonía. No sabemos qué serían José Cándido, Costillares, Delgado, Juan Conde, Pedro Romero, el Americano, y todas las antiguas celebridades de la plaza en el tiempo en que la tauromaquia estaba en todo su esplendor; pero dudamos que jamás haya existido espada de más sangre fría, destreza y gracia viril en el ejercicio de su peligrosa profesión como el gran Montes de Chiclana, el jamás bastante alabado Montes, como dicen los españoles.

Fué aplaudido hasta la saciedad; oyó los aplausos con digna modestia, como quien está acostumbrado y sabe que lo merece.

El séptimo, de Lizaso, franco y claro de aspecto, tomó cinco varas, para servirnos del *caló* tauromáquico; fué capeado muy graciosamente por Arjona, y después de que le pusieron tres pares de banderillas, cayó como herido del rayo por la estocada del mismo Arjona; un golpe que no está en los cánones y que proscriben los puristas, pero que produce gran efecto. Matar un toro de la manera que se llama atronar, en que la punta de la espada penetra en el cerebelo y causa muerte instantánea; el sitio en que hay que herir es menor que una pieza de moneda de seis reales; por nuestra parte, no queremos echárnosla de aficionado romántico, y no tenemos el valor de criticar esta brillante pero irregular estocada.

El octavo, abigarrado de color, de carácter ternerón. No se decidió a embestir. En vano los picadores se le acercaban, le excitaban, elevaban la lanza y chascaban la lengua; volvía la cabeza hacia otro lado y parecía recordar el prado; sentimiento bien natural, pero que no enterneció mucho al público, porque pidió unánime banderillas de fuego. Las detonaciones de estos fuegos artificiales, que estallaban en sus orejas, le hicieron dar unas cuantas cabriolas; después recayó en su pereza y recibió la muerte, como un cobarde, de manos de Martín, que se vió obligado a darle cinco o seis estocadas; tan mal se portó. Mientras que las mulillas arrastraban aquella carroña, las banderi-

llas de fuego, que no habían servido y que estaban clavadas en tierra por la punta, estallaron e hicieron largas descargas de crepitaciones extrañas.

Tan ocupados estábamos en la contemplación de nuestros mugientes gladiadores, que habíamos olvidado un poco a los bravos alguaciles, plantados ante el balcón de la reina y expuestos al peligro de los toreros sin tener sus medios de defensa. La fiesta, tan corta para todos, les debió parecer bien larga. Aquella fila de hombres negros, a caballo, inmóviles en la plaza, preocupaba visiblemente a los toros; el sitio que ocupaba se había convertido en una especie de querencia, adonde volvían siempre; los chulos, envalentonados, por las risas del pueblo, no se preocupaban de apartar las bestias feroces de este lado, sino en los momentos en que había ya peligro.

El noveno toro, de Gabiria, valiente y ligero, embistió a la tropa negra, se encarnizó persiguiendo a un pobre diablo de alguacil, mediano jinete, y dió al caballo la cornada más ridícula del mundo, de manera que en lugar de tener lástima al pobre hombre, se le silbó y se le insultó. El mismo toro se echó contra los alabarderos, que bajaron en seguida sus armas; arremetió con tanta furia que se rompió un astil y el toro se llevó una alabarda clavada en el pecho. Persiguió a un torero tan vivamente que tuvo que meterse entre las piernas de los soldados sin tiempo para ganar las tablas, José Redondo, o el Chinaclero, más conocido por este mote, despachó al terrible animal de una

estocada en la cruz, puesta con todas las reglas del arte, digna de la excelente escuela de Montes, de quien es discípulo y sobrino, y quizá aun más.

El crepúsculo bañaba ya la plaza cuando salió el décimo toro, de Mazpule; toro de sentido como el otro, es decir que no se dejaba distraer por las capas y se iba derecho al bulto; por consecuencia, muy peligroso. León le mató de dos estocadas: una mala, la otra buena.

Era casi de noche cuando se soltó al undécimo y al duodécimo toro; los objetos habían perdido su color, y la lidia, en la sombra, tomaba un aspecto singular y siniestro. Se veía vagamente ondular una espalda monstruosa rodeada por siluetas negras. No podemos dar ningún detalle acerca de sus proezas obscuras.

Las mulas salieron por última vez, y se llevaron los cuerpos de las víctimas rematadas por el cachetero.

Durante la corrida nos había preocupado un detalle pueril, raro; cada cadáver de toro o de caballo, arrastrado por las mulas, trazaba en la arena un rastro parabólico; partía de un mar de sangre y terminaba en la puerta del matadero; no podríamos compararlo a nada mejor que a las curvas descritas en el aire por el vuelo de las bombas en los grabados que representan ciudades sitiadas. Al fin de la corrida, aquellas rayas, más y más numerosas, formaban una especie de ramillete de fuegos artificiales sangrientos, digno remate de la corrida de toros de corte.

Inmediatamente que las puertas del matadero se cerraron detrás del último cadáver, los espectadores invadieron la arena, y aquel gran espacio vacío y blanco, en un minuto se puso negro con el hormigueo compacto de la multitud.

. . . . . .

Al día siguiente, la corrida volvió a empezar a las diez de la mañana. Nos gustaba esta corrida, al levantarnos de la cama, descuidada y de íntima familiaridad. Los espectadores dialogaban con los chulos a horcajadas sobre la barrera, y como el tamaño de la plaza y el número de lidiadores aminoraba el peligro, los grupos de toreros desocupados se apoyaban en el estribo de la barrera, y charlaban calentándose al sol, porque aunque el tiempo era bueno, soplaba una brisilla muy fresca.

Era bonito el ver brillar bajo los rayos del sol, en un ángulo luminoso, las lentejuelas y los bordados de los trajes. Los suaves colores de las capas adquirían encantadores matices: ¡qué lástima que no estuviera allí Goya con su paleta!

A veces, el toro iba a interrumpir la conversación, y el abigarrado grupo se dispersaba como un bando de mariposas.

La forma cuadrada es menos a propósito que la redonda para la lidia. Una plaza muy grande no es conveniente. Los animales se fatigan en carreras, es más difícil atraerles hacia los picadores: su atención esparcida se pierde fácilmente; aquí y allá se desalientan y se en-

torpecen. El riesgo es casi nulo para los hombres que se ponen en salvo, y no pueden ser alcanzado por un toro aplomado. Los detalles de la lidia, a demasiada distancia, pierden mucho efecto dramático: no se nota el gesto, y hasta podría decirse que no se entera uno de las heridas; por lo tanto, el interés y el terror son mucho menores.

Para las corridas ordinarias, la plaza Mayor es peor que el circo de la puerta de Alcalá, aunque ella se presta maravillosamente al desarrollo de los cortejos y a la pompa de las fiestas reales.

Sin embargo, a pesar de lo familiar de esta fiesta matutina, fué despachada una docena de toros, y destripados galantemente hasta quince caballos.

En la corrida de la tarde hubo caballeros en plaza, presentados esta vez por la ciudad, bajo el patronato del duque de Veragua, corregidor de Madrid. El ceremonial fué casi el mismo que el día anterior; solamente las carrozas no llevaban mas que cuatro caballos, y los caballeros no hicieron mas que aparecer por fórmula: después de haber roto uno o dos rejones se retiraron, y la corrida fué como las de costumbre.

No volveremos a empezar con descripciones minuciosas de la suertes y cogidas de esta corrida, y temeríamos aburrir a nuestros lectores. Los toros son monótonos para describirlos; nada tan simple y tan primitivo como este espectáculo. El argumento es la vida y la muerte; y el interés del drama consiste en quién

será muerto, si el hombre o la fiera. El drama está invariablemente dividido en tres actos, que se podrían titular: la pica, la banderilla y la espada. Pero esto es suficiente para sostener el anhelo de millares de espectadores durante días enteros.

Al día siguiente, que era el tercer día, el tiempo incierto se hizo malo del todo, y disfrutamos del espectáculo singular y divertido de una corrida con lluvia.

En España, si principia la corrida, nada puede interrumpirla. Se abrirían las cataratas del cielo, temblaría la tierra y se continuaría con imperturbable sangre fría.

Centenares de paraguas se desplegaron sobre los tendidos, pero nadie se fué; la idea de marcharse no se le ocurrió a nadie. La misma familia Real no abandonó su balcón, donde, a pesar del abrigo del dosel, las ráfagas del chaparrón la alcanzaron más de una vez.

Algunos burlones alargaban los paraguas a los picadores, que fueron al toro con la pica en una mano y el viejo paraguas en la otra. Nada tan cómico.

Lucas Blanco, que era el espada, se había quitado las zapatillas por miedo a resbalarse sobre la tierra húmeda, y corría por el barro con sus medias de seda, descalzo.

Los toros muertos, arrastrados por las mulas, acorazados de fango, parecían masas informes: los caballos se extenuaban con la lluvia, los vestidos desteñían, tomaban todo un aspecto risible y lastimoso.

El buenhumor del pueblo, que no se había

alterado un momento, se manifestaba en burlas de todas clases. Uno, a quien los paraguas de los colocados delante impedían la vista, preguntaba a un vecino mejor situado.

—¿Qué pasa, ahora?

—Sacan los perros: uno acaba de morder al toro en la oreja: he aquí la noticia más fresca.

Como se hacía casi de noche, se suspendió la corrida para que vinieran las carrozas de la corte. Esta interrupción de los placeres populares fué recibida con gritos, silbidos y un estrépito espantoso, que no concluyó hasta que la plaza estuvo libre.

Quedaban todavía dos toros; pero, en vista que la hora avanzaba, que la lluvia era cada vez más fuerte y la obscuridad más espesa, no se les hizo salir del toril. Entonces empezó un coro formidable de imprecaciones y de injurias, cuyo estribillo era esta frase, entonada con una melopea extravagante: *¡Otro toro! ¡otro toro! ¡otro toro!*, se gritaba en todos los tonos posibles.

Los toreros se fueron durante el tumulto, y los aficionados rabiosos tuvieron que retirarse, a pesar suyo.

Las corridas de toros de corte habían terminado.

GAUTIER.

Al sentarme en mi sitio experimenté un deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz inundaban el circo, porque el sol es una especie de lámpara suprema que tiene la ventaja de no manchar de aceite, y ni el gas podría vencerlo. Inmenso rumor flotaba por encima del redondel. En la parte del sol palpitaban y refulgían millares de abanicos y sombrillas, semejantes a enjambres de pájaros de vistosos colores que tendieran el vuelo; no había una localidad vacía. Ya constituye un admirable espectáculo doce mil espectadores en un teatro tan vasto, que únicamente Dios puede pintarle el techo con el espléndido azul que saca de la urna de la eternidad.

. . . . . .

Sonaron clarines; abriéronse estrepitosamente las puertas rojas y se precipitó el toro en el anillo, mientras resonaba inmensa aclamación.

Era hermoso animal, casi negro, fuerte hocico, astas agudas y brillantes, patas delgadas, cola que no cesaba de moverse, la divisa de la ganadería entre los hombros. Se detuvo un momento, olfateó el aire dos o tres veces des-

lumbrado por la luz, asombrado por el estrépito, y, después, divisando al primer picador, le embistió con arranque furioso.

El picador era Sevilla, hombre de treinta años próximamente, apostura gallarda, robusto Hércules, atezado como un mulato, con ojos magníficos y fisonomía semejante a la de un César del Ticiano. La expresión de serenidad jovial y desdeñosa de su semblante, es realmente heroica. Bajó la pica y sostuvo el choque victoriosamente; la fiera se tambaleó, después de recibir una herida, que hizo brotar hilillos rojos por la piel negra; se mantuvo incierta pocos momentos, y se lanzó, más rabiosa que antes, contra el segundo picador.

Antonio Rodríguez le puso otra pica, que abrió una segunda herida junto a la primera, pero el toro se revolvió contra él y clavó el cuerno entero en el vientre del caballo. Acudieron los peones sacudiendo las capas, y el estúpido animal, siguiendo el engaño, los persiguió rápidamente; los toreros, apoyándose en el estribo, saltaron la barrera y le burlaron.

La cornada había abierto el vientre del caballo; las tripas arrastraban por el suelo; creí que el picador iba a cambiar de cabalgadura, pero nada de eso; le tocó la oreja para ver si la herida era mortal, pero estas heridas, aunque parezcan horribles, muchas veces se curan; se vuelven a meter las tripas en la barriga, se dan dos o tres puntos y el caballo puede utilizarse aún. El picador espoleó al suyo y fué a colocarse algo más lejos...

Una nube de peones empezó a desplegar ante

la res sus capas de colores vivos; uno llevó el atrevimiento hasta envolver la cabeza del toro con la tela arrollada; la fiera se deshizo del importuno adorno, lo arrojó por el aire y lo pateó con rabia. Aprovechando su furor, un torero lo llevó hasta donde estaban los picadores; el toro vaciló al verse frente a ellos, y luego se lanzó contra Sevilla con tal impetu, que el caballo fué patas arriba, Sevilla cayó también debajo del caballo; acudieron de nuevo los toreros y el rocín no sufrió mas que un golpe en el anca. El del otro picador salió peor librado; recibió tan violenta cornada en el pecho que el asta se enterró toda en la herida. Rodríguez se agarró como pudo a la barrera, que salvó con ayuda de los chulos, porque el picador, caído, con el peso de las botas herradas apenas se puede mover.

El caballo, abandonado a sí mismo, atravesó el redondel tambaleándose, como borracho: tropezaba en sus propias tripas; olas de sangre negra brotaban impetuosamente de la herida; al fin cayó junto a la barrera. Levantó dos o tres veces la cabeza, azotó débilmente el suelo con la cola, agitó convulso las patas traseras y soltó un supremo par de coces, como si hubiera querido dar con los duros cascos en el cráneo de la muerte...

Cuando la fiera empezaba a fatigarse, aparecieron los banderilleros, y pronto le colgaron unos cuantos pares. El banderillero llamado Majarón los ponía muy bien y oía muchos aplausos. Cuando el toro tenía ya clavadas siete u ocho banderillas, corría desalado, y mu-

gía horriblemente. Brotaba la baba espumosa del hocico, y loco de rabia dió tales cornadas contra una puerta, que la arrancó. Los carpinteros la arreglaron en un momento; un chulo llamó la atención del toro hacia otro lado, y fué perseguido tan de cerca, que apenas tuvo tiempo de saltar la barrera; el toro, exasperado, la saltó detrás. Cuantos se encontraban en el pasillo se echaron con celeridad maravillosa a la plaza, en la cual volvió a entrar el toro por otra puerta.

Se retiraron los picadores, dejando campo libre al espada Juan Pastor, que fué a saludar al presidente y a pedir la venia para matar al toro; concedida ésta, arrojó la montera y se fué hacia la res con paso decidido, ocultando el estoque entre los rojos pliegues de la muleta. Sacudió ésta varias veces, evitando con movimientos ligeros del cuerpo la embestida del toro, que volvía a la carga, metiendo la cabeza en la tela, moviéndola sin atravesarla. Llegó el momento favorable: el espada se colocó frente al toro, agitó la muleta con la izquierda y puso la espada horizontal, con la punta a la altura de las astas; difícil es explicar la curiosidad angustiosa, la frenética atención que produce aquel momento, que vale tanto como los dramas de Shakespeare; pronto perecerá uno de los dos. ¿El hombre o el toro? Ambos están solos, frente a frente; el hombre no tiene ninguna arma defensiva, está vestido como si fuera a un baile: zapatillas y calzón de seda; no tiene mas que la espada y la muleta; el toro tiene las ventajas materiales: cuernos terribles,

afilados como puñales, enorme fuerza de impulsión, la rabia de la bestia que no tiene conciencia del peligro; pero el hombre tiene espada y corazón; doce mil miradas fijas en él; las hermosas le aplaudirán pronto con sus blancas manos.

Apartóse la muleta, dejando al descubierto el busto del matador; a una pulgada de su pecho están las astas; lo creí perdido. Argentino relámpago pasó con la rapidez del pensamiento entre los cuernos; el toro cayó de rodillas, lanzando un mugido doloroso, con el estoque clavado entre los hombros, como el ciervo de San Huberto, que llevaba entre las astas un crucifijo, según lo representa el maravilloso grabado de Alberto Durero.

. . . . . .

No mirábamos mas que a Montes, natural de Chiclana, hombre de cuarenta y tantos años, de buena estatura, andar mesurado, tez aceitunada y ojos movedizos, única cosa que parece viva en el semblante impasible. Es más flexible que robusto, y debe sus triunfos más a la serenidad, golpe de vista y conocimiento del arte que al vigor muscular. En cuanto sale un toro a la plaza sabe Montes si es claro u obscuro, si es de pies o aplomado, si cierra o abre los ojos al embestir; y gracias a estas observaciones, hechas con la rapidez del pensamiento, siempre está apercibido a la defensa. Sin embargo, como lleva al extremo su temeridad fría, ha recibido no pocas cornadas.

Montes no se contenta con matar al toro

cuando suena el clarín. Vigila la plaza, dirige la lidia, auxilia a los toreros que están en peligro. Un toro que no se dejaba distraer por las capas que le ponían delante, corneaba a un caballo, que había derribado, y procuraba hacer lo mismo con el picador, resguardado con el cadáver de la cabalgadura. Montes coleó a la fiera y le hizo dar dos o tres vueltas, con rabia de la res y entre aplausos frenéticos del público, dando tiempo al picador para levantarse. Algunas veces se planta frente al toro, cruzados los brazos, fija la vista, y la bestia se detiene subyugada por la mirada clara, fría y aguda como la hoja de una espada.

Entonces el público grita, aúlla, vocifera, patea y aplaude; el delirio se apodera de las cabezas; un vértigo general agita a quince mil espectadores, ebrios de aguardiente, sol y sangre; ondean los pañuelos, vuelan los sombreros. Montes es el único que permanece tranquilo: saborea en silencio el júbilo profundo y reprimido y saluda ligeramente, como hombre capaz de mayores proezas. Cantantes de garganta de oro, bailarinas de pies de hada, comediantes de todas clases, emperadores y poetas que creéis haber despertado entusiasmos: no habéis oído aplaudir a Montes.

A veces los espectadores le piden que haga alguna de las habilidades que siempre le salen bien. Una muchacha guapa le dice, echándole un beso:

—Vamos, señor Paquiro; usted que es tan amable, haga alguna cosita para una señora.

Y Montes salta por encima del toro, ponién-

dole el pie en la cabeza, o agita la capa delante del hocico, se envuelve en ella con movimiento brusco, y dando un salto de lado, burla al toro, que lleva demasiado impulso para detenerse.

. . . . . .

Una cosa que ocurrió durante la última corrida demuestra hasta qué extremo lleva el público español su imparcialidad en punto a toros y toreros. La manera brusca con que salió del chiquero un magnífico toro negro hizo que los aficionados le consideraran como una gran cosa. Reunía todas las condiciones del toro de lidia: astas largas y agudas, patas delgadas, nerviosas y ligeras; el cuerpo indicaba fuerza inmensa. Por eso le habían puesto en la dehesa el nombre de *Napoleón*, distintivo de su incontestable superioridad. Lanzóse sin vacilar contra el picador colocado junto a las tablas, lo derribó con el caballo, que quedó muerto, y en seguida se arrojó sobre otro, el cual apenas tuvo tiempo de pasar por encima de la barrera, molido del golpazo. En menos de un cuarto de hora quedaron siete caballos despanzurrados en el suelo; los peones no le acercaban mucho las vistosas capas, prontos siempre a saltar la barrera, y el mismo Montes estaba intranquilo. El júbilo de los espectadores estallaba en ruidosas aclamaciones, y todos los labios dirigían elogios a la res.

Un picador de reserva, porque los de tanda se hallaban fuera de combate, esperaba el ataque del terrible *Napoleón*, que a la primera

embestida levantó el caballo y le hizo echar las patas delanteras encima de las tablas, y a la segunda, lo hizo rodar con el jinete al otro lado de la barrera.

Estruendosos aplausos premiaron la hazaña de la res. El toro, vencedor, daba vueltas por la plaza, libre de adversarios, divirtiéndose en mover y levantar los cadáveres de los caballos. Al fin y al cabo se le acercó un banderillero, clavó un par y salió a escape, no sin que el asta le rozase el brazo y le desgarrara la manga. Entonces, a pesar de las vociferaciones y de los silbidos del público, el presidente dió orden de matar, contra todas las reglas tauromáquicas, las cuales disponen que a un toro se le pongan lo menos cuatro pares de banderillas antes de ser estoqueado.

Montes, en vez de irse, como de costumbre, al centro de la plaza, se puso a veinte pasos de la barrera, y sin hacer ninguna de las monadas y habilidades que admira toda España, desplegó la muleta, llamó al toro, le dió tres o cuatro pases y le soltó la estocada, de la cual cayó el toro como herido del rayo. Montes le había clavado la espada en la frente; estocada prohibida por la tauromaquia, porque el matador debe pasar el brazo entre los cuernos del animal y herirle entre la nuca y los hombros, lo cual aumenta el riesgo del hombre y da alguna ventaja a la fiera.

En cuanto el público se enteró de lo ocurrido brotaron de la plaza chillidos de indignación, y estalló, con tumulto y estrépito inauditos, una tempestad de silbidos y de insultos.

Jamás vi semejante furor, y me sonrojo de confesar que participé de él. No se desahogaba bastante el gentío con los gritos y pronto empezaron a llover sobre el matador abanicos, sombreros, palos, jarros de agua y pedazos de banqueta...

GAUTIER.

MIENTRAS el público invadía tumultuosamente la plaza y las numerosísimas localidades de ésta eran ocupadas por una multitud cada vez más compacta, iban llegando los toreros y entrando, por una puerta trasera, en el sitio que tienen destinado para esperar la hora de principiar las corridas.

Este sitio es una gran sala, de aspecto triste y desnudo, y blanqueada con cal. Algunas bujías encendidas alumbran una ahumada imagen de Nuestra Señora, porque los toreros, como cuantas personas se hallan, por razón de su profesión, en constante o frecuente peligro de muerte, suelen ser muy devotos, o, por lo menos, muy supersticiosos. Cada uno de ellos posee un pequeño anillo en el que tiene gran confianza; ciertos presagios les abaten o les dan ánimos, y, según dicen, saben qué corridas han de serles funestas. Ahora bien; sacrificando de antemano un ciervo, puede prevenirse el peligro y corregirse la suerte.

En el día a que nos referimos estaban encendidas muchas más velas que de ordinario.

No tardaron en llegar una docena de dies-

tros, embozados en sus capas de lustrosa percalina. Todos, al pasar por delante de la Virgen, hicieron una inclinación de cabeza, más o menos profunda. Cumplido este deber, se dirigieron a *la copa de fuego*, pequeña vasija de metal, con mango de madera, dispuesta allí para comodidad de los fumadores, y, entre chupada y chupada, se pusieron a pasear por lo que podríamos llamar su campamento.

Un solo torero pasó por delante del reverenciado cuadro sin tributarle ninguna manifestación de respeto, y fué a sentarse, apartado de los demás, cruzando sus nerviosas piernas, a las que las relucientes medias de seda comunicaban una apariencia marmórea.

Debajo de su capa mostraba los dedos, pulgar e índice, que oprimían un casi consumido cigarrillo de papel, y el fuego se le iba aproximando a la epidermis; mas el diestro no reparaba en ello, absorto, como debía estar, en un pensamiento profundo.

Era un hombre de veinticinco a veintiocho años, de color moreno, ojos negros como el azabache y cabellos rizados. Debía ser de Sevilla, esa tierra de la gracia, esa patria de los valientes, de los bien plantados, de los buenos mozos, de los tocadores de guitarra, de los domadores de caballos, de los picadores de toros, de los tiradores de navaja, de los del brazo de hierro y la mano ligera.

Tenía un cuerpo robusto y muy bien formado. Era tan a propósito para la lucha como para la lidia. Si se pudiera suponer en la Naturaleza la intención deliberada de crear toreros,

no hubiera realizado mejor su objeto que modelando a este Hércules.

La capa, un poco terciada, hacía que se vieran brillar en la sombra algunas lentejuelas de su chaquetilla encarnada y plata y la *sortija* que sujetaba su corbata. La piedra de esta sortija era de bastante valor y daba a conocer, como el resto de la indumentaria, que su dueño pertenecía a la aristocracia de su profesión. La *moña*, de cintas de seda, atada a la pequeña trenza de cabello dedicada exclusivamente a este fin, caía detrás de su nuca formando graciosos tirabuzones; la montera, de terciopelo negro, desaparecía bajo una profusión de agremanes de seda del mismo color; los escarpines, de una pequeñez extraordinaria, hubieran hecho honor al más hábil zapatero de París y podido servir a una bailarina de la Opera.

Juanelo, tal era su nombre, no tenía el semblante franco y alegre que es propio de un buen mozo bien vestido y que saborea por anticipado los aplausos de las mujeres. ¿Era el temor de la próxima contienda con el toro lo que turbaba su serenidad? Los peligros que en la arena corren los lidiadores, y que no son tantos como generalmente se cree, no podían causar la menor inquietud a un diestro tan valiente como Juanelo. ¿Había quizá visto en sueños a algún toro infernal con cuernos de enrojecido acero y llevando ensartado en ellos a un matador?

¡Nada de eso! Semejante actitud era ordinaria en Juanelo, sobre todo, desde hacía un año; y sin que fuese adusto con sus compañeros, no

había entre él y ellos esa familiaridad jovial que suele existir entre los que corren juntos los mismos azares. No rechazaba las bromas; pero no daba ninguna, y, aunque andaluz, tenía un carácter taciturno. Algunas veces, como queriendo huír de su tristeza, se entregaba a las desordenadas vehemencias de una alegría ficticia. Bebía sin tasa, armaba zambras en las tabernas, bailaba como un condenado y acababa por suscitar absurdas pendencias, en las que, en más de una ocasión, salía a relucir la navaja. Pasados estos accesos, volvía a caer en su habitual ensimismamiento.

Los demás toreros, distribuídos en grupos, mantenían entre sí diversos diálogos: hablaban de amor, de política y especialmente de toros.

—¿Qué piensa su merced —le decía uno a otro, con esas bellas fórmulas ceremoniosas de la lengua española— del toro negro de Mazpule? ¿Tiene la vista corta, como cree Arjona?

—Es miope de un ojo y présbita del otro; no hay que fiarse de él.

—Y el toro de Lisazo, sabe usted, ese de color pío, ¿por qué lado embestirá?

—No puedo decirlo, no le he visto en el Arroyo. ¿Cuál es su parecer de usted, Juanelo?

—Por el lado derecho —respondió éste, como despertando de un sueño, y sin mirar siquiera al joven que tenía delante.

—¿Por qué?

—Porque mueve incesantemente la oreja derecha, lo que es un síntoma infalible.

Dicho esto, Juanelo llevó a los labios la *pun-*

ta del cigarro, que no se veía ya entre sus dedos.

La hora prefijada para dar comienzo a la corrida se iba aproximando. Todos los toreros, a excepción de Juanelo, se habían levantado; las conversaciones languidecían, y se escuchaba el sordo ruido de las garrochas de los picadores, que las ensayaban en la pared de un patio interior. Los que no habían acabado sus cigarros los tiraron; los chulillos arreglaron con coquetería, sobre el brazo, los pliegues de sus capas, de brillantes colores, y se colocaron en fila. Un absoluto silencio reinaba entre ellos, porque la entrada en la plaza es siempre un momento solemne y que hace concebir a cada uno los pensamientos más risueños.

Juanelo se levantó por fin, tiró la capa sobre el banco, tomó la espada y la muleta y fue a mezclarse en el abigarrado grupo. La nube que cubría su semblante se había disipado del todo; su dilatada nariz aspiraba el aire con fuerza. Una singular expresión de audacia animaba sus nobles facciones. Se doblaba y se estiraba, como preparándose para la lucha. Sus pies se apoyaban rigorosamente en el suelo. A través de las mallas de seda se veían estremecerse sus nervios, como las tirantes cuerdas de una guitarra. Hacía jugar sus armas, para asegurarse de ellas, como el soldado antes de la batalla.

Juanelo era lo que se llama un buen mozo, y su vestido hacía resaltar maravillosamente sus gracias. Una larga faja de seda negra sujetaba su delgada cintura; los alamares de seda de su chaquetilla formaban en el cuello, en las man-

gas, en los bolsillos, ciertos huecos, en que los bordados eran complicadísimos y cubrían por completo la tela. No era una chaquetilla bordada de plata, sino de plata bordada de grana. De los hombros colgaban tantos flecos, afiligranados globulillos y adornos de todas clases, que los brazos parecían salir de debajo de dos coronas.

Los calzones de satén, bordados asimismo de plata por las costuras, ajustaban, sin comprimirlos, unos músculos de hierro y unas formas robustas y elegantes. Este traje era la obra maestra del granadino Zapata, el célebre Cordillac de los vestidos de majo, que llora siempre que le compran uno y ofrece por recuperarlo más dinero que el que recibió por él. Los inteligentes lo encontraban caro en diez mil reales. Llevado por Juanelo valía veinte mil.

Sonó por última vez el clarín. La arena estaba ya limpia de perros y de muchachos. Los picadores, bajando sobre el ojo derecho de sus cabalgaduras el pañuelo que impide a éstas ver al toro, se unieron al cortejo, y la cuadrilla apareció muy ordenadamente en la plaza.

Un murmullo de admiración acogió a Juanelo al ir a arrodillarse delante de la reina. Dobló la rodilla con tanta gracia, con un aire tan humilde y soberbio a la vez, y se levantó con tal agilidad, que los más veteranos aficionados no pudieron menos de exclamar:

—Ni Pepe-Illo, ni Romero, ni José Cándido lo hubieran hecho mejor.

El alguacil, con su traje negro de la Santa

Hermandad, fué, a caballo, en medio de estrepitosos silbidos, a llevar la llave del toril al mozo encargado de abrirlo y cerrarlo; luego partió a todo galope, vacilando sobre la silla, perdiendo los estribos, abrazándose al cuello del jamelgo, y ofreciendo a los espectadores un espectáculo muy divertido siempre para quienes se encuentran a salvo de riesgos.

* * *

Siete caballos yacían tendidos sobre la arena. Dos picadores se habían retirado, molidos y maltrechos, a consecuencia de espantosas caídas. Los chulillos estaban con el pie en el estribo de la barrera para saltarla si fuese preciso. El toro recorría libremente la plaza, manchada de extensos regueros de sangre, dando cornadas en las tablas y tirando por el aire los caballos muertos.

Juanelo se dirigió hacia la fiera con paso sereno y firme. El cornúpeto, asombrado de encontrarse todavía con un adversario, dió un tremendo mugido, sacudió la espuma que salía de su boca, escarbó la tierra, movió dos o tres veces la cabeza, y retrocedió algunos pasos.

La actitud de Juanelo denotaba la mayor resolución, y sus miradas, como si fuesen aceradas flechas, acribillaban al animal y le infundían esa especie de magnetismo, por medio del cual van Ambourg hacía retroceder a los tigres hasta el fondo de sus guaridas.

El público, entusiasmado con este triunfo de la fuerza moral sobre la física, prorrumpió en

frenéticos aplausos y gritos, a los que se unían los sonidos de los cencerros y las castañuelas, instrumentos que las gentes acostumbran a llevar a la plaza para meter el mayor ruido posible y hacer que nadie se entienda.

El torero, lleno de una alegría inefable, levantó la cabeza hacia el sitio en que estaba una guapísima muchacha, llamada Melitona, como si la quisiera dedicar los vivas y aclamaciones que se le tributaban; pero no pudo hacerlo en momento más inoportuno y desagradable, porque fué el mismo en que a la joven se le cayó el abanico y en que un señorito que estaba próximo a ella se bajó a cogerlo con suma diligencia y se lo entregó con exquisita galantería, que Melitona agradeció con una amable sonrisa y una encantadora inclinación de cabeza.

Esta sonrisa y esta inclinación fueron percibidas rápidamente por Juanelo. Los labios del diestro palidecieron, su tez se puso lívida, las órbitas de sus ojos se tiñeron de un color de púrpura, su mano se contrajo sobre el puño de la muleta, y la punta de la espada, colocada hacia el suelo, se clavó convulsivamente en la arena.

El toro se acercó algunos pasos a Juanelo, sin que éste tratara de ponerse en guardia. La disminución de la distancia entre la fiera y el hombre adquiría proporciones alarmantísimas.

Los gritos de los espectadores sacaron al torero de su estupor, haciéndole retirar bruscamente el cuerpo y agitar los pliegues de su muleta delante de los ojos del bicho.

Juanelo, libre ya de su ensimismamiento, se afirmó sobre sus talones y pasó muchas veces al toro con ella para obligarle a bajar la cabeza, pero volvió a distraerse pensando en qué le diría aquel señorito a Melitona, y el cornúpeto se arrojó sobre el torero. Este dió un salto hacia atrás y clavó al bruto una estocada que le penetró algunas pulgadas, si bien encontrando hueso, por lo que la espada fué sacudida por el animal y fué a caer a cierta distancia del matador, que se vió desarmado, en tanto aquel se encontraba lleno de vida y pujanza.

El público protestó contra la torpeza de Juanelo, y su desagrado se manifestó en un inmenso alboroto. Aquello era una verdadera lluvia de injuriosos epítetos, de gritos y de maldiciones. ¡Fuera, fuera!, gritaban de todas partes de la plaza. ¡Perro, ladrón, asesino! ¡A presidio, a Ceuta! ¡Echar a perder así un toro como ése! ¡Eres un carnicero! ¡Torpe, burro!

Juanelo, ante semejante diluvio de injurias, se mordía los labios y desgarraba los encajes de su chorrera. Una de las mangas de su chaquetilla, desgarrada por el cuerno del toro, dejaba ver sobre el brazo una larga línea de color violado.

El diestro vaciló un instante, y hubiera podido creerse que iba a caer desmayado a consecuencia de la emoción; mas se repuso inmediatamente, levantó del suelo la espada, apoyó en ella el pie para enderezar la hoja, que se había torcido algo, y se colocó de espaldas a la parte en que estaba Melitona.

Los chulillos llevaron, con sus capas, la fiera hacia Juanelo, quien esta vez le dió una soberbia estocada con todas las reglas del arte. El gran Montes, de Chiclana, no hubiera podido menos de aplaudirle.

La espada, clavada a raíz del cuello, asomaba su empuñadura en forma de cruz por entre los cuernos del toro; recordaba esos grabados góticos en que se ve a San Humberto arrodillado delante de un ciervo que lleva un crucifijo entre las astas.

El animal se prosternó pesadamente delante de Juanelo, cual si lo hiciera en homenaje a su superioridad, y, después de una corta convulsión, rodó exánime por la arena.

GAUTIER.

EL TORERO

En España el torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles expongan *el bulto* o sean *diestros*, sino porque es el país donde desde la más remota antigüedad se conoce el *toreo*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y banderilleros. Hay quien asegura que los romanos introdujeron los espectáculos de tauromaquia en España, poco después de la conquista; pero, a lo más, podrán ser una derivación de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitían todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados a perecer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entonces para ejercer el oficio de verdugo que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razón, y por el silencio que guardan los historiadores contemporáneos, es de suponer que

no fueron los romanos los primeros adalides del *toreo*. Con más fundamento puede creérsele originario de los árabes andaluces y de los galantes caballeros de la Edad media, porque es sabido que éstos y aquéllos corrían *toros* y *cañas*, donde como en los torneos, ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo más lucido de la corte. Y aquí sí que los toreros de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su origen, y decir a los que por su susceptibilidad consideran esta profesión como deshonrosa, que, por espacio de muchos siglos, fué ejercida por lo más *entonao* y *lusío* de la nobleza española.

Nada menos que el ilustre don Rodrigo Díaz de Vivar, el famoso Cid Campeador, está a la cabeza de los toreros más *crúos* y de más empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el siglo undécimo empezó a generalizarse esta diversión y a hacerse casi exclusiva. En los grandes acontecimientos, en las plazas de las capitales donde estaba la corte, en los campamentos, se alanceaban toros, con el mayor entusiasmo por la gente de sangre azul, y hasta los monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *bichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fué la simpatía que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vítores y aplausos que recogieron los ilustres toreros de todas las épocas, a pesar de que hasta mediados del

siglo XVII no se le pusieron al arte de torear los andadores. Antes no se conocían *la vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que después se han inventado, y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya*, de a tercia, y valor hasta la temeridad, de aquí las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se representaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, o bien se atravesaba a lanzazos, por donde primero se podía, al *pobre animalito*, o se les desjarretaba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantillas, y desde aquí en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, sustituyendo a la ignorancia y barbarie, la inteligencia y el verdadero valor. El toreo de a pie principia a hacer notables adelantos: se ordenaron los *peones* en cuadrillas; se usa del *arpón;* se *rejonea* y *parchea;* después se *meten pares*, y, finalmente, se mata cara a cara con el *estoque* y *muleta*, suerte inventada por el famoso torero Curro Romero, el Rondeño, que fué el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, a los ilustrísimos toreros de la antigüedad, que, por más que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley montados en caballos de batalla, y lanza en ristre, dando con ventajas y sin regla mucho *castigo* a las reses, y vengamos a la época en que el torero es ya torero, que no es ilustrísimo, sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y afición, sino por interés y por oficio.

No molestaremos más con la relación histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo, primeramente, desde un punto de vista general, y después, y con reparación, desde el de las principales especies en que suele dividirse.

La educación artística del torero, en general, principia en el campo, entre las numerosas vacadas que se apacientan en todas las provincias de este privilegiado país, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros, por su vida salvaje o campesina, por el frecuente trato con los *bichos*, adquieren una constitución robusta, bien trabada y gigantesca; se identifican con aquéllos cuanto es dable a una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse a *derribar* y a *tomar por delante*, dando algunos *puyazos* en las tientas a los becerrillos. Los segundos, o lo que es lo mismo, los alumnos de los matadores, se ensayan con las vacas más revoltosas, ya enlazándolas con la *guindaleta* en los corrales, como lo hemos visto en algunos de aquéllos en Andalucía; ya *trasteándoles* cuando una vez enmaromados *viajan* por el patio, o ya parodiando los *recortes* y *galleos* antes de citar a la res a la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros, por las razones que hemos expuesto, son más a propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo, tienen el *bulto* a prueba de *encontronazos*, y, finalmente, más *poer pa manejá el palo* que los segundos, que, por la ligereza que alquieren y por las suertes que pueden practicarse en un matadero, suelen ser más útiles

para la clase de peones. Generalmente hablando, éste es el bautismo tauromáquico que recibe *el diestro* antes de dejarse crecer la coleta o trencilla para sujetar la airosa moña; éstos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer orden, de las que es muy frecuente verlos salir para el camposanto, cuando no están dotados de facultades naturales para comprender la teoría del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluímos entre esta gente a aquellos que han recibido una educación teórico-práctica más completa en la única escuela de tauromaquia fundada por el último rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque, pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado estos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable, cuya sola posesión asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado, desde luego, como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz, se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Betis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos o extremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del país en que nacieron, adoptar, además del *uniforme de plaza*, el traje de calle más común en los andaluces, imponerse en la jerga técnica de los *compaes*, mezclarse en los ca-

lientes *bromazos* que corren de continuo, y, a la vuelta de un año de *trasteo*, ya hay hombre. Aunque haya salido de la ribera del Miño, la metamorfosis es completa: ya pertenece a la buena raza, y puede decir *cuadrándose en regla*, con el *estuche* sobre el *cliso erecho*, embozado en la *nube*, apoyando la siniestra *bae* en la *caera*, y sosteniendo con dos *langutes* de la diestra un *prajandí de la Vuelta de Abajo:* «Aquí hay un jembro..., toa mi cazta es de Jerez...»

Los toreros, fuera de la lidia, parecen iguales, de una misma familia, enteramente gemelos. Una hora de vida es vida; y como cada *quisque* suele tener la suya, de ocho en ocho días, muy cerca de la *joyanca*, procurarán amenizarla con todos los goces terrenos que les sugiere su acalorada y brillante fantasía. Rumbosos y decidores por naturaleza, alegres y festivos por la naturaleza del arte, derraman su dinero y su sal con todo el garbo y desprendimiento español; gastan, triunfan y se ahitan de tal modo, que, cuando viene la hora en que un toro de *piernas* los *embroque sobre corto* y les arrime el hachazo con dos cuartas de madera de tintero, pueden decirle a la oreja: «*Espachúrrame, hazes bien..., que ya estoy harto*».

Este es el *torero* en general. Con este género cruza el territorio, desde el Guadalquivir hasta el Arga; así recorre todas las plazas del reino, y, aunque en el calor de las orgías, todos son *echaos pa lante*, todos tienen inteligencia y cuenta cada cuál alguna *hombrá;* lo que es

en el *cerco, esapartao e las tablas* y *con el bicho en jurisdicción*, entonces ya es otra cosa, y aquí principia el torero a dividirse en especies de más o menos importancia, siendo únicamente las que nos darán ocupación las que más suelen estar en evidencia.

Así como todos los toros tienen cuatro pezuñas y cuatro orejas, como dice el vulgo, y, sin embargo de esta aparente semejanza, están debidamente clasificados por los inteligentes, asimismo los toreros, a pesar de que todos son hombres y gastan *chorrera* y *monteriya* y *capote* y otras zarandajas, deben entrar a clasificación, porque todo en los tiempos que corren se clasifica, aunque no se purifica. Como hay algunos toreros que sólo tienen *pies*, otros que carecen de ellos, pero que poseen bastante *cabeza*, muchos que ni *pies* ni *cabeza*, y pocos que reúnen a la vez *cabeza, corazón* y *pies*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies o secciones, para mayor claridad, y denominaremos, a los de primera, toreros *bravucones;* a los de la segunda, *de sentío;* a los de la tercera, *abantos;* y, por último, a los de la cuarta, de *buen trapío.* Y cuenta, toreros del alma, paisanos nuestros, que, al aplicaros el nombre que vosotros le dais *al ganao*, no vayáis a creer que es por consejo de alguna mala alusión, por aquello de las *cuatro orejas.* Na de eso; no hay que *amoscarse*, camarás; nosotros no nos metemos en la parte física del *testuz;* tan sólo diremos, si decirse puede, que las prendas morales de los *bichos* están muy *arrimás* a las

vuestras, y, con la mejor intención y buen deseo, entramos en ese berenjenal, del que vamos a ver si empezamos a salir, con la ayuda de:

EL TORERO BRAVUCÓN

Este *diestro* suele ser bastante torpe, pero lo disimula todo lo posible; tiene una fortuna escandalosa, que le hace quedar bien en todas ocasiones; y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* a la *diadema cornamental,* que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *viajar* hacia él. Desde chiquito, y cuando por primera vez se presentó en el *corral,* encontró un *pairino,* que le dió algunas lecciones de *trasteo,* le inició en los secretos del arte y concluyó asegurándole que, en los apuros grandes o pequeños, la parte más importante del *bulto* eran los *alares,* y que, sabiéndolos menear bien, no había que tener *cudiao.* Y esa conclusión de las lecciones del *pairino* se han quedado tan profundamente grabadas en el corazón del ahijado, que, cuando su buena estrella le depara el primer ajuste y se encuentra sobre la arena, y antes que la puerta del chiquero dé salida a un *boyante* de cinco años,

está diciendo para sus adentros: «¡Ay, pinreles!... ¿Pa qué os quiero?» Y encomendándose con todas veras a *María Zantizima e la Jangustias.* Exteriormente es un héroe: con la barrera por delante *ze quié comé* a la fiera... «¡Andresiyo!... Métele el trapo y yévatele a los medios, porque ese choto ma tomao una tirria, que me voy a ve e nel caso...» Y hace una *movizión* de cuerpo, como quien dice: «Lo voy a estropeá..., y es una lástima».

Si es *chulo*, nunca mete el capote, sino para *destroncar*, y aunque el pobre toro se quede espatarrao y maldiciendo la gracia, lo que es nuestro hombre sigue su *viaje*, hasta que se ve al abrigo de los tableros, donde recibe, con cierto aplomo y afectada indiferencia, los aplausos de la multitud ignorante, que cree que con *cuartear* al bicho ha ejecutado una gran cosa.

Cuando le toca banderillear, lo más que logra meter es un rehilete, y ése de la manera más fácil y segura, a *media güelta* y *saliendo por pies*, con la velocidad de una saeta, fingiendo mucho berrinche porque el toro está *aplanao* y no *ze pué pareá*. Si es *picador*, siempre busca a la fiera por el terreno más largo, para dar tiempo a que algún compañero se le atraviese; con achaque del caballo, o del estribo, o de la cincha, entra y sale en la cuadra, da todas las largas posibles, hasta que llega un alguacil, y le dice, de parte del presidente: «Señor José, cite usted al toro». «*Digasté a zu zeñoría que esto no e jaser pasteles*». Y la multitud, que comprende la alusión, da grandes ri-

sotadas y muestras de aprobación *al chiste*, porque a los toros va mucha gente que le gusta ver en ridículo a la autoridad, y, sobre todo, si hay alguaciles de por medio. El alguacil se guarda bien de ir con semejante embajada al presidente, y, por último, el *diestro* va a cargar la suerte, observando antes si está la barrera bien a mano y echando una *mira* a los peones que le rodean. «*Caballeros, ayá voy; quitámelo presto, porque, si no, va a yevá un castigo, que... ¡Juy!... ¡Berrendo!...*» Y el berrendo se le *cuela*, como de costumbre, hasta la *espinillera* o *mona;* queda el pobre caballo exánime en la arena y el jinete montado en *el jolivo*, llamando al toro con el sombrero, hasta que dice, con la mayor frescura: «*¡Qué..., si lo han corrío ya otra vez..., y luego estos jacos son de cartulinal*» Los contratistas de caballos tienen muy pocas simpatías con este *diestro.* Pues no decimos nada si, por ventura, es *espada, o media espada*, o sobresaliente, o cosa que lo valga. Es todo cuanto hay que ver y oír, cuando, situado delante del palco de la presidencia, echa el brindis con la montera en la mano y apura toda su elocuencia, sin dejar por esto de mirar, de cuando en cuando, hacia atrás, por si es cosa que se le antoja al toro venir a interrumpirle o a privarle del uso de la palabra. Pero concluye el ofertorio, y tira la montera, y la pisotea, y... ¡bravo!... ¡bien!..., dicen en el décimo tendido, y el jembro sale con su estoque y su muleta, echando espuma por la boca, y, con los ojos encendidos, en busca de la víctima, que aguarda con resignación el golpe mortal en

un extremo de la plaza. *¿Adónde está el bicho? Ea, que toquen a arrastrá.* Y, sin embargo de que el bicho está deseando que lo arrastren, el matador le mira antes y a lo largo, de frente y de soslayo, como quien dice: «ya te conozco». *Echámelo pa ca. Güeno; ¡a la suerte!* Pero, al ir a *cuadrarse*, se detiene otra vez y dice a la cuadrilla: *Mu escompuesta tiene la cabeza...; sí, lo mismo es olicarme, se cubre... ¡Vaya! Echamelo pa ayá, y no esapartarse.* Carga al fin la suerte, y si repara que en el palco de enfrente hay algún conde o marqués aficionado, con un expresivo *guiño* le da a entender estas palabras: *¡Por la de osté, señorito!* Y, conducido por su buena fortuna, se larga con los ojos cerrados a la cabeza del toro, el que, cansado de la vida y de tanta iniquidad como han hecho con él, se mete por el estoque arriba, y él mismo se corta la herradura, para no servir más tiempo de juguete y diversión a tanto vago. Este torero es el que mueve más ruido entre los compañeros; es el más disputador, y siempre su feliz ingenio le proporciona buenas salidas cuando le dan a entender que tal o cual cosa no la ejecutó con el lucimiento que debía. Raras veces deja de acompañar a los grandes y caballeros a las corridas particulares de novillos que suelen celebrar, de cuando en cuando, en algunas de sus quintas. Allí, y desde la barrera, alienta con su voz a los inexpertos toreros, les marca las suertes más seguras, aplaude, vitorea y tira el calañés con el entusiasmo más superlativo, y no cesa de gritar detrás del parapeto: *Zeñor duque, no hay cudiao, ca qui es-*

toy yo... También suele este torero, en algunas ocasiones, llevar levita, sombrero de copa alta y pantalón con travillas, pero raras veces guantes. Por lo demás, es un hombre completo: procura hacer sus huesos todo lo viejos posible, siente de corazón cualquier desgracia de sus compañeros, a nadie tiene envidia, y es, en fin, el reverso de la medalla de

EL TORERO DE SENTÍO

El torero de *sentío* es el fiscal más severo que tiene el torero *bravucón.* Es un egoistón de marca, algo gordo y pesado: de suerte infeliz, buena *cabeza*, malos *pies* y entrañas *atravesás.* No puede llevar con paciencia la desmedida fortuna del bravucón, ni la agilidad con que salva sus torpezas, ni los aplausos del público cuando se dirigen a algún compañero, ni mucho menos las chiflas cuando se dirigen a él. Ya se ve; esto es muy natural, y por desgracia hasta frecuente en lo miserable de la condición humana. Procura *trastear* y *trastea* con bastante inteligencia; pero como su inteligencia carece de solidez, porque le falta una de las bases más esenciales, es decir, *los pies;* y como el toro no entiende de retóricas, y si es *revoltoso* en enfilando el *bulto* no lo deja, por

eso la inteligencia muy a menudo da en la arena cada batacazo que canta el gallo de la Pasión, sin que le quede al pobre *diestro* el triste consuelo de haber excitado ninguna clase de interés en los espectadores.—Ya se ve... repetimos, tampoco es extraño: el público está muy acostumbrado a ver fuera de la plaza *rodar* la *inteligencia* por esos suelos de Dios, y como esta escena es cotidiana, ya carece de novedad, y he aquí la razón por qué en el *cerco* la presencia mudo e indiferente. Pero éste no es argumento para el torero de *sentío*, y por eso está a matar con sus semejantes, los toros, los caballos y hasta con los que tocan los timbales, que ignoramos a qué reino pertenecen; por eso su sangre no es sangre, que es acíbar, alquitrán, veneno, y por lo mismo él es primero siempre a *largar el trapo*, cuando puede echar con disimulo el bicho sobre el que está descuidado, y el último que mete el capote para sacar la fiera cuando ésta da alguna cogida. Este torero se inuliliza pronto o sucumbe antes entre las marcadas astas de los toros *celosos* y amigos de *ceñirse*. Su genio es irascible, su lengua picante y mordaz; está con frecuencia enfermo; las que más suelen atormentarle son las *peritonitis*, y nosotros le aconsejamos de buena fe que, en vez de torear, se dedique a vender fósforos, o a hacer hilas para los pobres, oficios que, si bien es verdad son poco socorridos, al menos son descansados, nada expuestos, y, especialmente el último, muy meritorio a los ojos de la divinidad por el beneficio que proporciona a la humanidad doliente.

EL TORERO ABANTO

Este *diestro* no es diestro: es el sota-torero, el repartidor de un periódico de literatura. La misma importancia artística tiene aquel que esté en la dirección, compilación y elaboración de los artículos de alta misión en una redacción. Pero es el torero feliz: es el que logra ver su caballo encanecido sin ningún contratiempo tauromáquico; es la crónica ambulante donde se encuentra la noticia de todos los acontecimientos de la plaza: es el que nunca pisa los *medios,* sino cuando está el toro enganchado, y para cubrir con una espuerta de arena la sangre derramada por las víctimas: reparte banderillas por fuera con mucha precaución; si la fiera está bastante lejos, y si está *encima,* lo hace con extraordinario arrojo por dentro de la barrera. A lo más que suele ascender es a guarda del *toril,* y entonces tiene la honra de tomar de manos del alguacil la llave del chiquero, con lo que, cuanto antes y con la mejor intención dispara a un *bicho* de piernas detrás del apurado corchete, que a todo escape se mama un sustazo y una chifla que no hay más que pedir. Pero este torero debe ser para nosotros lo que para el público los toros *abantos.* Salen, dan cuatro *viajes,* se *escupen*

de la suerte, los cargan de *fuego*, o de *perros*, y en cinco minutos desaparecen de la *escena*. Quitemos también nosotros de enmedio y cuanto antes al torero *abanto*, sin echarle perros ni foguearlo, y hasta sin darle el *cachete* del ridículo; o el de una sátira poco generosa, y ocupémonos de la cuarta y última clase, procurando abreviar todo lo posible, para no cansar más con esta batahola.

EL TORERO DE BUEN TRAPÍO

Este es el bello ideal de todos los diestros, el Minuto y Jordán de los peones, el Hormigo y Charpa de los picadores y de los espadas, el Miranda de los buenos tiempos, y el Montes de siempre. Y ya que hemos nombrado a Montes, porque es forzoso hacerlo tratándose de buenos lidiadores, a Montes con el mayor placer dedicaremos esta parte de nuestro pobre artículo, porque en el *Zeñon Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del gran *diestro* y todas las prendas que constituyen al más cumplido caballero.—Miradle siempre ejecutar las suertes más difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso a paso con el *bicho* a la espalda, que más que

toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *pies sentados* a la cabeza de la res, pasarla y repasarla con pulso y conocimiento, o bien desplegar su capote y mostrarse digno sucesor de Costillares, Pepe-Illo, Cándido y Romero. Si queréis encontrar a Montes, buscadle en el peligro. Notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afán por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecución. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y, sin embargo, lo hemos visto muchas veces caminar solo a dar la muerte, sin más apoyo que su inteligencia, sin más amparo que su destreza y serenidad. Francisco Montes es el torero de *buen trapío:* es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque los pese oírlo a sus muchos detractores. ¿Pero cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear a pie y a caballo, superior y más completo que el Novillí, Pepe-Illo y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores y ha dejado consignados en él mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideración de todos los hombres. Y a propósito del arte de torear de Montes, no haría mal nuestro gobierno, ya que es algo *aficionao a los embroques sobre corto,* en echar la *visual* a la parte tercera, capítulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros,* tanto porque es muy con-

veniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

Vamos a concluír con una triste reflexión: El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente, a lo mejor da al traste con todas las reglas y en un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Líbrelos Dios, y muy especialmente al *Zeñón Paquiro*, de semejantes trabajos!

RODRÍGUEZ RUBÍ.

Los banderilleros han concluído. Ahora le toca al espada. Es el momento solemne, la crisis del drama. La multitud se aquieta, las señoras se asoman a los palcos, el rey se pone en pie. El célebre Frascuelo, teniendo en una mano la espada y la muleta, que es un pedazo de tela encarnada, sujeta a un palo, entra en el redondel, se presenta delante del palco real, se quita la gorra y dedica al rey, pronunciando una frase poética, el toro que va a matar; luego tira la gorra al aire, como diciendo: «¿Venceré o moriré?» Y seguido del espléndido cortejo de los capeadores, se dirige resueltamente hacia el toro. Aquí sigue una verdadera lucha cuerpo a cuerpo, digna de ser cantada por Homero. De una parte, la fiera, con sus cuernos terribles, su fuerza enorme, su sed de sangre, embravecida por el dolor, ciega de ira, torva, ensangrentada, espantosa; de otra, un joven de veinte a treinta años, vestido como un bailarín, a pie, solo, indefenso, con una ligera espada entre las manos. Pero tiene sobre sí a diez mil miradas. El rey le prepara un regalo; su amante está allá

arriba, en un palco, con los ojos puestos, inquieta, en el dueño de su corazón; mil señoras tiemblan por su vida. El toro se para y le mira; él mira al toro, y le agita por delante el trapo rojo; el toro se tira al trapo, el espada se aparta, el cuerno formidable le roza un costado, toca el paño rojo y golpea en el vacío. Una clamorosa ovación estalla entonces en todos los palcos, gradas y galerías. Las señoras miran con los gemelos, y exclaman:

—¡No ha palidecido!

Se restablece el silencio.

El audaz torero pasa y repasa la muleta por los ojos del enfurecido animal, y por su cabeza, entre los cuernos, alrededor del cuello; le obliga a retroceder, avanzar, dar vueltas, saltar; se hace embestir diez veces, y otras tantas evita la muerte con un rápido movimiento; tiende la muleta, la recoge bajo los ojos del toro, le toca en el hocico, le provoca, le insulta, le entretiene. Súbitamente se para, se pone en guardia, alza la espada, le apunta. El toro le mira. Un instante no más, y se lanzan el uno sobre el otro simultáneamente. Uno de los dos debe morir. Diez mil miradas corren, con la velocidad del rayo, desde la punta de la espada a la de los cuernos; diez mil corazones palpitan de ansiedad y terror; todos los rostros están inmóviles; no se oye un respiro; la inmensa multitud parece que está petrificada. Transcurre otro instante, y el momento llega. Embiste el toro, y el hombre adelanta la espada; un solo agudísimo grito, seguido de explosión tempestuosa de

aplausos, se oye por todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; el toro vacila y, arrojando por la boca una oleada de sangre, cae, como herido por un rayo. El hombre ha vencido. Surge un tumulto indescriptible; la multitud parece enloquecida; todos se ponen en pie, sacudiendo los brazos y lanzando frenéticos gritos; las señoras, agitando los pañuelos y los abanicos, palmotean; suena la música; el espada, vencedor, se acerca a la barrera y da la vuelta al redondel; a medida que pasa, de las galerías, los palcos y los tendidos, los espectadores, ebrios de entusiasmo, le tiran puñados de cigarros, carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene a las manos; en pocos momentos, el afortunado torero tiene las suyas llenas de objetos; llama en su ayuda a los capeadores, devuelve los sombreros a sus admiradores, da las gracias, responde como puede a los saludos, a los elogios, a las calificaciones gloriosas que le gritan de mil partes, y llega, por fin, bajo el palco del rey. Todos los ojos se vuelven al monarca. Este se lleva la mano al bolsillo, saca una petaca llena de billetes de Banco y se la echa al torero, que la coge en el aire; la multitud prorrumpe en aplausos. Entretanto, la música toca un aire fúnebre al toro; se abre una puerta, entran al galope en la plaza cuatro magníficas mulas adornadas con penachos, moños y cintas amarillas y encarnadas, y conducidas por unos cuantos chulos que gritan, hacen chasquear los látigos y arrastran, uno después de otro, los caballos muertos,

y luego al toro, que es llevado en seguida a un corral inmediato a la plaza, donde le espera una turba de chiquillos para teñir el dedo con su sangre, después de lo cual es desangrado, cortado en trozos y vendido.

AMICIS.

NADA se puede imaginar más pintoresco que aquel espectáculo que ofrece todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de un grupo de máscaras, todo el imponente aparato de un escuadrón de guerreros; entornando los ojos, no se ve mas que el centelleo del oro y de la plata. Son hombres hermosísimos: los picadores, altos y fornidos como atletas; los otros, sutiles, esbeltos, de formas escultóricas, rostros morenos, ojos grandes y altivos; figuras de gladiadores antiguos, vestidas con un fausto de príncipes asiáticos.

La impresión que deja en el ánimo este espectáculo no puede describirse; es una mezcla de sentimientos, de la cual es imposible deducir nada claro; no se sabe qué pensar de él. Tan pronto, horrorizados, querríais huír de la plaza, jurando no volver más a ella, como maravillados, arrebatados, casi ebrios, no querríais que el espectáculo concluyese nunca; ya os sentís casi presa de un mal, ya también, como vuestros vecinos, prorrumpís en gritos, risas y aplausos; la sangre os hiela, pero el valor asombroso del hombre os exalta; el peligro os

oprime el corazón, pero el triunfo os lo ensancha; poco a poco, la fiebre que agita a la multitud se apodera de vosotros; no os reconocéis ya; sois otros; tenéis también accesos de ira, de ferocidad, de entusiasmos; os sentís vigorosos y audaces; la lucha enciende vuestra sangre; el centelleo de la espada os estremece, y aquellos millares de semblantes, aquel estrépito, aquella música, aquellos mugidos, aquella sangre, aquel silencio profundo, aquellos fragores repentinos, aquella luz, aquellos colores, aquel no sé qué de grande, de fuerte, de cruel, de magnífico, os deslumbra, os aturde y os altera...

Es hermoso ver salir la gente: son diez torrentes que salen de diez puertas e invaden en pocos minutos el barrio de Salamanca, el Prado, las alamedas de Recoletos, la calle de Alcalá; millares de carruajes esperan en los alrededores de la plaza; durante una hora, por cualquier parte que uno mire no percibe mas que un hormiguero que se pierde de vista; las emociones han fatigado a todos; no se oye mas que el ruido de los pasos; parece como si la multitud quisiera disolverse furtivamente; una especie de tristeza ha substituído a la clamorosa alegría de poco antes.

Yo, por mi parte, la primera vez que salí de aquella plaza apenas tenía fuerza para sostenerme en pie; la cabeza me daba vueltas como un aro; las orejas me silbaban; por todas partes veía cuernos de toros, ojos inyectados en sangre, caballos muertos, centelleo de espadas. Tomé el camino más corto para ir a mi casa,

y, apenas llegado, me eché en la cama y me sumí en un sueño profundo.

* * *

Pero, en conclusión, un juicio claro sobre las corridas de toros:

¿Son o no una cosa bárbara, indigna de un pueblo civilizado? ¿Son o no un espectáculo que gasta el corazón? Veamos una palabra ingenua.

—¿Una palabra ingenua?

No quiero, respondiendo de un modo, atraerme encima una lluvia de invectivas y, respondiendo de otro, condenarme a mí mismo, puesto que debo confesar que fuí a la plaza todos los domingos.

AMICIS.

Julita soltó una estrepitosa carcajada, cuyos ecos llegaron hasta el gabinete de Miguel. «¿De qué se reirá aquella loca?», se preguntó éste sonriendo también frente al espejo mientras se aderezaba para salir.

—¡Miguel! ¡Miguel! —gritó su hermana desde el pasillo—. Ven aquí, por Dios; ¡mira, por tu vida!

Acudió solícito, y al asomar la cara por el corredor, vió a su primo Enrique en traje de chulo: chaquetilla corta, faja de seda, camisola bordada sujeta al cuello por botones de oro, sombrero ancho de fieltro, pantalón ceñido y bota de charol. El complemento del traje era una vara en la mano, muy larga, como destinada a conducir pavos.

Julita se arrimaba a la pared, sujetándose la cintura con las manos para no desternillarse de risa. Enrique, de pie, cerca de la puerta, sonreía un poco avergonzado. Miguel siguió al instante el ejemplo de su hermana.

—La cosa no merece tanta risa —concluyó por decir el primo, amostazado.

Pero ni Julia ni Miguel hicieron caso. Cuando

se hubieron sosegado un poco, vinieron hacia él y le examinaron curiosamente.

—¿Pero cómo diablo te ha dado la ocurrencia de ponerte así? ¿Te ha visto tu padre?

—No: me he ido a vestir a casa de un amigo. Tengo allí el traje...

—Pues si te ve, de fijo le da un síncope. ¿Y a qué asunto te has vestido hoy de chulo?

—¡Toma! ¿No sabes que se abre la temporada?

—¡Ah! ¿Hoy hay toros? ¿Mata el Cigarrero?

—¡Ya lo creo!: después de quince años que no pisa la plaza de Madrid. A eso venía, a ver si quieres ir conmigo.

—Hombre —dijo, indeciso—, no soy muy aficionado a los toros; pero el Cigarrero me ha sido simpático... ¿Me traes localidad?

—Te traigo la contrabarrera de un amigo que está enfermo. A mi lado ya sabes que no puedes ponerte, porque todas las barreras están abonadas; pero estamos cerca.

—¡Ay, llévame, Miguel! —exclamó Julita, saltándole al cuello—. Llévame a los toros.

—¿Tienes deseo?

—¡Muy grande! Los toros me encantan.

—¡Eso, eso! —gritó Enrique, entusiasmado—. Tú eres española de pura raza. ¡Pisa ese sombrero, chiquita!

Y lo arrojó al suelo.

Julita no se anduvo con melindres. Tomó la galantería al pie de la letra y se puso a taconear sobre el infortunado sombrero, de tal suerte que si Enrique no acude a tiempo se lo hace pedazos.

—Está visto que contigo no se puede ser galante —dijo, de malhumor, mientras lo limpiaba con la manga de la chaqueta.

Miguel, previo el permiso de su madrastra, mandó al criado por una carretela a casa de Lázaro y por un palco a la de un revendedor conocido. Después que madre e hija se vistieron la clásica mantilla y Miguel cambió la levita y el sombrero de copa por la americana y el hongo, subieron los cuatro al carruaje.

Eran las dos y media de la tarde. El sol brillaba en el firmamento sin que una sola nube asomara por el horizonte a recibir su paternal caricia. Madrid gozaba del privilegio divino de su cielo sin dirigirle siquiera una mirada de gratitud, como una sultana a quien las caricias causan tedio. Al cruzar por la Puerta del Sol vieron el chorro de su fuente, despidiendo fúlgidos destellos, elevarse por encima del tejado del Principal. A la entrada de la calle de Alcalá había una larga fila de ómnibus que una muchedumbre asaltaba anhelante, furiosa, cual si se tratara de escapar a un grave e inmediato peligro. Pero muy contra lo que sucede en casos tales, en vez de oponerse los unos a que se encaramasen los otros, todos se ayudaban con solicitud, mostrando por anticipado lo que debe ser y lo que será con el tiempo la fraternidad universal.

«¡Eh, buen hombre, que se va usted a caer!... Deme usted la mano.» «Caballero, téngame usted por el bastón.» «No ponga usted el pie sobre la rueda.» «¿Quiere usted que nos aprete-

mos más?» «Bueno, hombre, bueno, nos apretaremos.»

Estos gritos se oían de todas partes, viéndose a algunos pobres viejos por el aire, elevados a la imperial de los ómnibus en brazos de los que ya estaban en ella. Las caras resplandecían de alegría, lo mismo que el cielo. La acera de la derecha, donde estaba el despacho de billetes, veíase cuajada de gente, que discurría por ella en expectativa de que las localidades bajasen y se pusiesen al alcance de su bolsillo. Un sinnúmero de coches particulares y de berlinas de punto cubrían más abajo la ancha carretera, galopando en dirección a la plaza. Y al través de ellos, dejándolos atrás en seguida, corrían desbocados los ómnibus, mientras que los que iban encima, sin miedo a estrellarse, embriagados por la carrera vertiginosa, saludaban con gritos de alegría a los que iban dejando en pos de sí. Algunos picadores, con sus chaquetas de brocado y sombreros inmensos, galopaban también sobre algún mal caballo, llevando a las ancas a un amigo, que le abrazaba cariñosamente, para no caerse. Los peones bajaban por las aceras lentamente, en amable plática, formando apretados y numerosos grupos.

Una carretela abierta, donde iban toreros, se acercó un instante al costado de la de Miguel y siguió adelante. Era la del Cigarrero, que contestó al saludo de Enrique y Miguel con la gravedad afable que le caracterizaba. El Serranito y Merluza, que iban con él, saludaron con más expansión.

—Me brindarás un par, ¿no es verdad, Baldomero? —gritó Enrique.

—A uté no, e mu feo: a esa señorita tan remonísima que yeva uté a la vera —contestó el Serranito.

Julita se echó a reír, ruborizada.

En torno de la plaza, donde llegaron en seguida, se agitaba la multitud, pugnando por entrar. Los coches que allí se juntaban producían disturbios y motines, que los guardias no eran suficientes a reprimir. Después de dejar a su madrastra y hermana en el palco, Miguel se retiró con su primo, pretextando que deseaba ver de cerca matar el primer toro al Cigarrero, y que luego volvería. En realidad, era porque había visto a la generala Bembo en un palco, con la señora del banquero Mendiburu. Bajó al redondel, y desde allí pudo hacerse notar de ella, y la saludó ceremoniosamente con el sombrero.

La arena estaba llena de aficionados. Una muchedumbre abigarrada, compuesta de estudiantes, paletos, chulos, señoritos y soldados, elegantes unos, otros desharrapados, fraternizando todos, y creyendo que, por el mero hecho de hallarse allí, en el terreno del toro, como si dijéramos, participaban del arrojo y gallardía de los lidiadores. Los tendidos se iban poblando lentamente, y desde aquí al redondel mediaban saludos y gritos entre unos y otros, que convertían la plaza en un mercado. La voz de los vendedores de naranjas salía entre todas las demás, y las naranjas cuando alguno las demandaba, volaban rápidas y

certeras de las manos de aquéllos a las del comprador, por encima de las cabezas. En los tendidos de sombra, los jóvenes lechuguinos charlaban en voz alta, levantando la cabeza para mirar a las damas de los palcos. En los de sol, los honrados menestrales se acomodaban en sus asientos, resueltos a dejarse tostar toda la tarde, y hablaban entre sí de tauromaquia, muy pagados de ser los verdaderos inteligentes en la plaza. El júbilo, la alegría nerviosa que comunica la esperanza del placer, brillaba en todos los ojos.

Al fin los alguaciles salieron a despejar, y los aficionados del redondel se fueron retirando, hasta dejarlo enteramente libre. Enrique y Miguel, que habían estado en los patios interiores hablando un momento con el Cigarrero y su cuadrilla, también fueron a ocupar sus respectivos asientos. El ruido había disminuído bastante. Gracias a esto se percibían los acordes de la charanga de hospicianos, que hasta entonces no había logrado hacerse escuchar. Los espectadores sacaban los relojes y dirigían miradas significativas a la presidencia. En esto la charanga entonó con energía la Marcha Real. Todos los rostros se volvieron con energía al mirador regio, donde apareció la reina Isabel. Algunos batieron palmas; otros dijeron «chis, chis», porque la atmósfera política estaba entonces encapotada con ciertos nubarrones que descargaron no mucho tiempo después. Hecha la señal, al cabo, las cuadrillas entraron en la arena al son de la marcha de la zarzuela *Pan y toros*. Salían, como de costumbre, for-

mando tres filas: al frente de cada cual iba el respectivo espada. Al verlos estalló un prolongado aplauso. Cruzaron la plaza graves, firmes, acompasados, escuchando la gritería que su aparición había levantado con la mayor indiferencia. Brillaban sus ricos vestidos y capellares despidiendo vivos destellos que alegraban la vista.

—¡Míale, míale el viejo!... Ese es, el de la izquierda... Míale qué cara tiene... ¡Le zumba el alma a ese tío!... En España no queda ya quien reciba toros mas que él...

Toda la atención de la plaza estaba concentrada sobre el Cigarrero, a pesar de que mataban también el Gordo y Lagartijo, que comenzaba entonces a ser el niño mimado del público. Mas para el aficionado madrileño, el ver recibir un toro es una de esas ilusiones que jamás se realizan aunque vivan constantemente en el corazón. *Aguantar* lo hacen varios toreros, pero *recibir*, lo que se llama recibir de verdad, no lo han hecho mas que los héroes antiguos del toreo.

Saludaron con ademán uniforme a la presidencia, y rompieron filas, tirando las capas de gala a los amigos de los tendidos, que se encargaron de su custodia con más orgullo que si se tratara del Arca de la Alianza. El presidente sacó el pañuelo; sonó el clarín; abrióse la puerta del toril: apareció el primer toro. Era un miura castaño, chorreao, listón, fino y de hermosa lámina, largo y levantado de cuerna. Mostróse voluntario y noble en las varas, aguantando seis puyazos de los picadores de

tanda. Pero al llegar a los palos comenzó a defenderse. Sin embargo, el Serranito le clavó un soberbio par, cuarteando con finura y limpieza, que sorprendió agradablemente al público. En Madrid no sabían, como en Sevilla, que Baldomero era un chico que daría mucho que hablar. Merluza se pasó una vez y luego colgó un palo, cuarteando también. Volvió el Serranito a coger los palos, y después de intentar en vano colgárselos al sesgo, se los puso quebrando con limpieza y maestría. Hubo un delirio de palmas en la plaza. Su figura esbelta y la singular corrección y delicadeza de sus facciones, cautivaron al público. Las mujeres le clavaban codiciosamente los gemelos. Se paseó triunfante en torno de la plaza recibiendo sonriente el aplauso de los tendidos.

Llegó su turno al Cigarrero. Avanzó gravemente hacia la presidencia, se quitó la montera y dijo con voz ronca unas cuantas palabras que nadie pudo entender. Después se fué derecho al toro, que tenía marcadas tendencias a huírse. Persiguióle infructuosamente algún tiempo en medio de la curiosidad expectante de la plaza. Por fin, gracias a los esfuerzos de la cuadrilla, pudo trastearle, y lo hizo bastante ceñido, dándole algunos pases buenos. El público aplaudió y se las prometió muy felices. Mas en medio de la faena, el diestro sufrió una colada y perdió enteramente el aplomo. Dió otros tres o cuatro pases sin confianza y descompuesto; y de prisa y corriendo, sin estar bien cuadrado el animal, lió el trapo bastante lejos y se tiró a paso de banderillas. La esto-

cada resultó un *bajonazo* de lo más malo que nunca se hubiera visto. Es indescriptible la cólera que se apoderó de los espectadores. Si hubiera sido otro torero, hubiera pasado con una silba, grande o pequeña; pero haber concebido la esperanza de ver a un antiguo maestro toreando por el sistema Montes y venir a la plaza a presenciar aquella ignominia, esto ponía fuera de sí a los aficionados. ¡Qué gritería, cielo santo! ¡Qué injurias! ¡Qué lamentos! Parecía que a cada uno le acababan de robar el honor de su hija.

—¡Morral, ladrón, gran cochino! ¡Así te ahorquen por los pies! ¿Eres tú el que recibías los toros? ¡A la cárcel con ese pillo! Señor presidente, ¿para cuándo quiere usted la Guardia civil?

Y en medio del alboroto, las naranjas, las botellas vacías y hasta algunas piedras, volaban a la plaza, y por milagro no herían al diestro. Este avanzaba pálido, avergonzado, hacia la presidencia. Al llegar cerca del tendido donde estaban Enrique y Miguel, una naranja certera le dió en el rostro y le sacó sangre. Enrique, que ya estaba excitado y nervioso, no pudo reprimir la indignación, y levantándose gritó a los que estaban detrás:

—¿Quién ha sido ese valiente? ¿Ese valiente sinvergüenza?

—¡Fuera el chulo sietemesino! ¡Qué baile! —contestaron desde arriba.

—¿Se dirige usted a mí? —dijo uno levantándose con arrogancia.

—Me dirijo al que haya sido.

—Pues nos veremos las caras al salir.

—Se la veré a usted para escupírsela —contestó Enrique encolerizado.

—¡Fuera, fuera! ¡Que se siente ese babieca! —gritaron desde arriba.

No tuvo más remedio que hacerlo. El Cigarrero sonreía limpiándose la sangre con el pañuelo. Era una sonrisa tan triste y tan humilde, que a Miguel se le apretó el corazón y estuvieron a punto de saltársele las lágrimas.

Sólo cuando apareció el segundo toro en el ruedo concluyó del todo la bronca. Por más que trabajó hasta no poder más en los quites, el pobre Cigarrero no consiguió captarse la benevolencia, ni siquiera el perdón del público. Cuantos esfuerzos hacía, cuantos capotes echaba (y la justicia obliga a declarar que los echaba con arte), servían de befa y de irrisión al enfurecido pueblo. El Gordo en su toro estuvo como casi siempre, pasando de muleta con maestría y pinchando bastante mal. Lagartijo toreó el suyo sobre corto y con frescura, y se metió por derecho a volapié, dando una buena estocada, pero saliendo trompicado. Muchos aplausos.

Llegó el cuarto toro, que correspondía de nuevo al Cigarrero. Era un veragua colorado, listón, bragado, ojinegro, abierto de cuerna y de buena estampa, como casi todos los del duque, un bravo y un hermoso animal.

Merluza le colgó un buen par al cuarteo. El Serranito cogió después los palos, y en cuanto el público le vió en medio de la plaza, aplaudió.

—¡Ole tu mare, saleroso!

Quiso ponerlas cuarteando también, pero se pasó una vez porque el toro no arrancó. Volvió a cuartear y volvió a pasarse por la misma razón. De nuevo se fué hacia el toro, y otra vez se pasó. Entonces hubo cierto movimiento de impaciencia en el público. Se oyó un silbido. Esta fué la perdición del pobre mozo. Herido su amor propio, acometió ciego a la res y quiso clavarle las banderillas a todo trance. El toro, que no se había movido, le enganchó por debajo del brazo y lo echó al aire. Sonó un grito de horror en la plaza. Las cuadrillas enteras se arrojaron sobre el animal, tratando de llevárselo; pero inútilmente. Inútilmente el Cigarrero brincaba con heroísmo delante de los cuernos, metiéndole el trapo por los ojos; inútilmente Lagartijo y el Gordo le echaban también los capotes exponiéndose a morir. El toro, como si tuviese algún agravio del infortunado Baldomero, no atendía a nada, y lo recogió otra vez y otra vez lo tiró al aire. Entonces el Cigarrero, por última inspiración, soltó la capa, se agarró fuertemente al rabo de la bestia y comenzó a colearla. Dió tantas vueltas, que al fin cayó mareado. El Gordo la llevó con la capa lejos. En esto el Serranito se había puesto en pie, sonrió forzosamente al público, como el gladiador que quiere morir con gracia, se llevó la mano al pecho y cayó de nuevo, soltando chorros de sangre por las heridas. Dos monosabios lo recogieron y le llevaron a la enfermería. Otros corrieron en seguida a tapar la sangre con arena.

El presidente, que debía de estar conmovido y alterado como todos los espectadores, dió la señal de muerte, sin considerar que al toro no se le habían puesto mas que un par de banderillas, y que era peligroso para el espada que fuese tan entero a la muerte. ¡Aquí fué ella! El público, que gusta de mostrar buen corazón después que han sucedido las desgracias, se le vantó en masa, volviéndose iracundo contra el presidente, como si él fuese quien hubiera pegado las cornadas al Serranito.

—¡Bárbaro, bárbaro, asesino!

Agitaban frenéticos los puños y los bastones frente al palco presidencial, los ojos llameantes, los rostros demudados por la ira. Nadie respetaba ni se acordaba siquiera de la majestad que estaba a su lado. Se proferían los dicterios más soeces. Pero el presidente, aunque estuviese arrepentido, y debía de estarlo, a juzgar por la confusión que se reflejaba en su semblante, ya no podía revocar la orden. Su dignidad se lo impedía. Entonces el público se volvió al Cigarrero, que ya había cogido los trastos, y le gritó:

—¡No lo mates, no lo mates! ¡Que lo mate ese asesino!

El Cigarrero encogió los hombros y se dispuso a ir en busca de la res. En aquel instante un torero que llegaba corriendo le dijo algo al oído, y el espada se puso terriblemente pálido. El público comprendió que había malas noticias del Serranito. Quitóse el matador la montera, se pasó la mano por la frente con abatimiento, se la puso de nuevo y marchó hacia el

toro. Los gritos se apagaron instantáneamente. Reinó un silencio lúgubre en la plaza.

—¡Ha matado a su hermano! ¡Ha matado a su hermano! —se decían los espectadores al oído.

Y todos sentían ansiedad inexplicable, una simpatía profunda por el desgraciado Cigarrero. Éste avanzaba con lentitud, el paso vacilante, hacia el toro. Pero no se detuvo hasta dejar el trapo sobre los mismos cuernos.

—¡¡Olé!! —rugió la plaza.

Volvió a reinar el silencio.

El toro brincó como si hubiera sentido un acicate, y se revolvió al instante, furioso. El espada le dió un pase de pecho superior.

—¡¡Olé!! —rugió de nuevo la plaza.

Y otra vez se hizo el silencio.

Siguieron a éste otros pases naturales y en redondo, dados tan en corto y con tal maestría, que el público quiso volverse loco. Los pies del matador apenas se movían ni salían de un círculo estrechísimo; pero este círculo parecía sagrado e infranqueable. Los cuernos del toro pasaban rozando la chaquetilla del anciano torero, sin hacerle el más ligero daño. Al fin, la fiera, harta de tanto revolverse y acometer sin fruto, se detuvo jadeante. El toro y el torero se miraron. Lió éste el trapo tranquilamente, se echó el estoque a la cara y citó con el pie para recibir. Acudió la bestia, furiosa, y se clavó ella misma la espada hasta la empuñadura. Hubo un grito reprimido de entusiasmo en la plaza. El toro quedó un instante inmóvil frente el torero, lanzó un débil mugido y se dejó caer desplomado sobre los brazos.

Nadie puede representarse lo que entonces pasó. Un delirio, un inmenso ataque de nervios; diez o doce mil energúmenos gritando con toda la fuerza de sus pulmones; una nube de cigarros, petacas y sombreros volando por el aire y tapizando al instante de negro la blanca arena. Veinte años hacía que no se había visto en la plaza de Madrid la suerte de recibir de este modo consumada.

El Cigarrero dirigió una mirada vaga a los tendidos; se pasó otra vez la mano por la frente, y, dejando caer al suelo la muleta, echó a correr como un gamo, sin atender a los gritos de entusiasmo, a los llamamientos que de todos lados le hacían. Brincó la barrera y desapareció de la vista del público.

Cuando llegó a la enfermería estaban ya allí Enrique y Miguel con el médico y algunos amigos. El cura acababa de confesar y se disponía a poner la unción al desdichado Baldomero, que presentaba en el rostro la señales indefectibles de la muerte. Al entrar, su hermano volvió los ojos hacia él y sonrió con cariño.

—¿No habrá sío náa, eh? —le preguntó éste con voz alterada y ronca, queriendo persuadirse de que no era caso de muerte.

—Poca cosa, Pepe..., que me voy ar otro barrio...

El cura avanzó en aquel instante con los sagrados óleos. Todos los circunstantes doblaron la rodilla. Reinó silencio aterrador, que sólo interrumpía el murmullo del clérigo y el estertor del moribundo. Cuando aquel conclu-

yó, Baldomero dirigió otra sonrisa a su hermano y le tendió la mano, diciendo con trabajo:

—Mis chiquitines...

—Pierde cuidiao, Baldomero —repuso el anciano con la voz anudada y llevándose la mano al corazón—. Tus hijos serán los míos.

En aquel instante se oyó un gran vocerío en la plaza. Era la plebe, que saludaba la entrada del quinto toro.

El Cigarrero se dejó caer, sollozando, en los brazos de Miguel.

—¡Qué tristesa, don Miguelito del arma, qué tristesa!

PALACIO VALDÉS.

Llegó el domingo y vióse la plaza de bote en bote, bullendo aquel círculo de gente en fervor de impaciencia y de curiosidad. Esa rica profusión de vivos colores que el sol vigoriza, y que sólo se da cuando una multitud apiñada se presenta a nuestros ojos, ofrecía sus varios matices rojos, algunos como amapolas, brilladores otros como llamaradas y chispas, blancos muchos como pintas de espuma, porque de campo mecido por las brisas, de hoguera avivada por el vendaval y de mar revuelto y tempestuoso tenía aquella masa de criaturas tendida en torno del circo, cuya blanca arena aparecía como un disco dividido a la mitad por una mancha de sombra.

Frasquito se hallaba vestido con un rico traje verde mar y en oro, en mallas, en bellotillas y madroños. Era el muchacho de airoso cuerpo, fino y robusto, marcando en relieves musculosos esas dos energías de la gracia: la agilidad y la fuerza.

Era realmente simpático su rostro, de facciones tan correctas como las de la vieja Marmolilla, su madre, y daba a su fisonomía una expresión agradable la sonrisa triste de su boca

bien formada, contrastando esa tristeza con la alegría que prestaba a sus ojos rasgados la luz que en ellos, centelleando, brillaba como el esplendor de una estrella. Daba nobleza a sus ademanes, se movía con cierta gallarda ligereza, no exenta de señorío, y su aspecto era sencillo y modesto, de tal manera que prestamente por él ganaba voluntades e inspiraba amistad.

Cuando hubieron de decirle que una de las principales señoritas de la ciudad, la señorita Angustias González de la Pica, había regalado una divisa para que la luciese el toro que había de matar el Chavalillo Cordobés, palideció, latióle violentamente el corazón, y no sin gran esfuerzo de su voluntad, pudo dominarse. Ella, la amada de su alma, era quien había remitido aquella gala de la lidia. ¿Cómo podría figurarse Angustias que el toro aquel que debía lucir la divisa había de ser muerto por el joven desconocido que dos años antes hubo de rondar la calle de ella y que, en fin, su desconocido amante era el propio torero Francisco (el Chavalillo)?

No obstante, al mirar detenidamente aquella divisa fijóse en las lindas cintas y en el misterioso mote «Valor y esperanza», y creyó su corazón comprender el verdadero sentido de aquellas palabras; pero tomó su interpretación por ilusoria quimera de sus deseos.

* * *

Ya formada para el paseo, la cuadrilla apa-

reció en el redondel, siendo acogida por los entusiastas aplausos del público. Los antiguos diestros el Jabonero y Taleguilla, en honor al nuevo espada, llevábanle en medio, y aquel grupo recorrió la plaza, deteniéndose a saludar al presidente, dispersándose en seguida, cada uno por su lado, a dejar las vistosas capas de lujo por las capas para la liza.

Sonó el clarín, dando los característicos sonidos que anuncian la salida del toro; un clamoreo general, semejante al rugir de una formidable ola, era la multitud, ebria de gozo.

Abrióse la puerta del toril y, rápido como el viento, pisó la arena del circo el primero de los toros, cruzando la plaza hasta rematar en la barrera.

Era un hermoso animal que honraba a la ganadería: grande, de abierta y afilada cuerna, bravo, pujante, duro, de piel negra y lustrosa, de ojos encendidos e inquieto mirar.

La multitud acogió con atronadora salva de aplausos a la fiera, la cual volvióse, y parada junto a las tablas, engalló la cabeza y desparramó la mirada por toda la amplitud del anchuroso circo, como si retase a sus enemigos.

—¡Olé por el *burel!* —exclamó una voz, dominando el clamoreo.

—¡Venga de ahí! ¡Y qué divisa! —gritó otro espectador.

—*¡Picaores! ¡Picaores!*

—¡Anda, Cerote! ¡Ahí le tienes! ¡Prepara la puya!

—¡Niños! ¿Para qué son esos capotes?

—¡Frazquito! ¡ojo, que er bicho es de cudiao!

—gritó al Chavalillo el señor Pablo el guarnicionero desde la contrabarrera que ocupaba.

El Chavalillo sonrió por toda respuesta, y requirió su capa para ocupar el sitio comprometido que estábale reclamado junto a uno de los picadores ya en suerte.

Con efecto, el de a caballo estaba en su puesto, frente a la res, a la que retaba con el brazo armado, en tanto que con la mano izquierda refrenaba y contenía al escuálido excorcel, que, exhausto de fuerzas, apenas podía sostenerle.

El toro, engañado por los capotes de los muchachos, había sido llevado hasta muy lejos del caballo, y al revolverse y ver al picador retrocedió algunos pasos y arrancó contra su enemigo con fiera violencia, arremetiendo soberbio e irritado. El concurso enmudeció, quedando en suspenso y anhelante. El choque fué terrible. Cerote, el picador, rota la pica, quedóse desarmado y a merced de la fiera, que recargaba, herida por el dolor del puyazo. Tan poderosa era la fuerza del toro, que en su acometida levantó caballo y jinete, arrojándolos a tierra, después de llevarles sobre su potente testuz no despreciable trecho.

El noble bruto, expirante, aprisionó en su caída una de las piernas del picador, quien en vano forcejeaba por librarse de aquel peso que le retenía al descubierto y con exposición grandísima.

Ya iba la fiera res a vengarse del maltrecho jinete, cuando Frasquito metió su capa llevando tras de sí al toro, entre los aplausos y vítores del pueblo.

—¡Bien! ¡Bravo!
—¡Olé por los chavales de la tierra!
—¡Viva el mérito!
—¡Bendita sea tu maresita de tu alma!

Librador y toro llegaron a la valla y Frasquito salvóla arrojándose al foso con destreza suma.

Fuera del foso, Frasquito y el toro reaparecieron en la arena.

Entonces, el Chavalillo creyó llegado el momento de realizar la idea que acariciaba su mente desde que supo la procedencia de la divisa que lucía la fiera. ¿No estaba moralmente obligado a quitar al toro prenda tan valiosa? ¿Qué menos podía hacer en aras de su amor? Además, el hacerse dueño del regalo de Angustias, la demostraría que él no olvidó los juramentos cambiados al pie de la reja dos años antes.

Y así lo hizo. Ya en el redondel, volvióse arrogante hacia el toro, y, con sin igual maestría, le capeó ágil y sereno.

—¡Vaya una verónica!
—¡Niño mío, esa son navarra de verdá!
—¡Viva Córdoba y la cordobece!
—¡Olé tu mare, moso guapo!

La muchedumbre, electrizada, levantóse de sus asientos para aplaudir y vitorear frenética a Frasquito.

Había quitado la divisa al toro, y la res, burlada por la destreza y arrojo del torero, quedóse como atónita al pie de la valla por donde el Chavalillo saltó después de la brega.

El ruedo quedó cubierto de cigarros, sombreros, flores y ropas.

En la suerte de varas, como en la de banderillas, Frasquito demostró que no eran infundados los elogios que le tributaba el público.

Llegó el último tercio de la lidia, y el nuevo matador, tras del acostumbrado brindis, fuese al encuentro de la brava y terrible fiera, apenas quebrantada por capotes, puyazos y rehiletes.

El concurso contempló silencioso aquella parte de la brega, como juez que va a pronunciar su fallo en vista de las pruebas ofrecidas. El Chavalillo no defraudó las esperanzas que había hecho concebir. Manejó con arte la muleta, preparó magistralmente al toro, codicioso, noble y de poder, y dióle muerte, recibiendo, con una estocada que produjo la ovación más estrepitosa, más entusiasta, más unánime. Frasquito fué aclamado por la multitud. Nunca le sonaron tan bien al matador los aplausos.

Entonces recogió la divisa, para ir a ofrecérsela a la niña.

—¿Qué la diría? La diría: «Señorita, ruego encarecidamente y espero que resiba ozté la divisa y me deje... esta sinta».

No, no diría esto; rendiría silenciosamente la divisa, pero cortando aquella cinta del mote. No sabía Frasquito cómo obrar; había saltado la barrera y, por una de las aberturas del tendido, había entrado para dirigirse al palco de Angustias. Por fin, se halló ante la joven, y no se atrevió a proferir palabra alguna.

Ella, gozosa, llena de orgullo, recibió la di-

visa y, tirando de la deseada cinta, la arrancó y se la entregó al joven.

—Consérvela usted como un eterno recuerdo de su arrojo... y mi admiración —dijo con gran desparpajo.

El pueblo salió enloquecido de entusiasmo; la corrida había sido magnífica, el ganado bueno, la cuadrilla inmejorable; el nuevo diestro, Frasquito, el Chavalillo cordobés, un gran matador y un notabilísimo torero, había capeado como Cúchares, banderilleado como Guerrita y matado como el mismo Lagartijo.

El pueblo vitoreó al joven, las personas de la clase elevada le hicieron ricos regalos y los aficionados le llevaron, poco menos que en andas, hasta su casa, donde, inquieta y angustiada, le esperaba su madre, que hubo de recibirle extendiendo hacia él los brazos y estrechándole contra su corazón.

ZAHONERO.

El noviazgo del Carnicerín y de la Justa se formalizaba; el senor Custodio y su mujer se bañaban en aguas de rosas, y únicamente Manuel creía que el matrimonio, al fin, no se realizaría.

El Carnicerín era demasiado estirado y señorito para casarse con la hija de un trapero; Manuel pensaba que iba a ver si se aprovechaba de la ocasión, pero nada autorizaba por el momento estas malévolas suposiciones.

El Carnicerín se mostraba generoso y tenía delicados obsequios para los padres de su novia.

Un día de verano convidó a toda la familia y a Manuel a una corrida de toros. La Justa se puso muy elegante y bonita para ir con su novio. El señor Custodio llevaba las prendas de toda gala: el sombrero hongo nuevo, nuevo aunque tenía más de treinta años; su chaqueta de pana forrada, excelente para las regiones boreales, y un bastón con puño de cuerno comprado en el Rastro. La mujer del trapero llevaba un traje antiguo y un pañuelo alfombrado, y Manuel estaba ridículo con un sombrero sacado del almacén, que le salía un pal-

mo por delante de los ojos, un traje de invierno que le sofocaba y unas botas estrechas.

Detrás de la Justa y del Carnicerín, el señor Custodio, su mujer y Manuel llamaban la atención de la gente, que se reía al verlos.

La Justa se volvía a mirarlos y sonreía. Manuel iba furioso, sofocado; el sombrero le apretaba en la frente y le dolían los pies.

Salieron a la calle de Toledo y llegaron en el tranvía a la Puerta del Sol; allí subieron a un ómnibus, que los llevó a la plaza de toros.

Entraron, y, dirigidos por el Carnicerín, se colocaron cada uno en su sitio. Había empezado la corrida; la plaza estaba llena. Se veían todas las gradas y tendidos ocupados por una masa negra de gente.

Manuel miró al redondel; iban a matar al toro cerca de la barrera, a muy poca distancia de donde ellos estaban. El pobre animal, ya medio muerto, andaba despacio, seguido de tres o cuatro toreros y del matador, que, encorvado hacia adelante, con la muleta en una mano y la espada en la otra, marchaba tras de él. Tenía el matador un miedo horrible; se ponía enfrente del toro, tanteaba dónde le había de pinchar, y al menor movimiento de la bestia se preparaba para correr. Luego, si el toro se quedaba quieto, le daba un pinchazo, después otro pinchazo, y el animal bajaba la cabeza, y, con la lengua fuera, chorreando sangre, miraba con ojos tristes de moribundo. Tras de mucho bregar, el matador le clavó la espada más y lo mató.

Aplaudió la gente y comenzó a tocar la mú-

sica. El lance le pareció bastante desagradable a Manuel, pero esperó con ansiedad. Salieron las mulillas y arrastraron al toro muerto.

Al poco rato cesó la música y salió otro toro. Los picadores se quedaron cerca de las vallas; los toreros se aventuraban un poco, daban un capotazo y echaban a correr en seguida.

No era aquello, ni mucho menos, lo que Manuel se figuraba, lo visto por él en los cromos de *La Lidia*. El creía que los toreros, a fuerza de arte, andarían jugando con el toro, y no había nada de aquello; encomendaban su salvación a las piernas como todo el mundo.

Después de los capotazos de los toreros, dos monosabios comenzaron a golpear con unas varas al caballo de un picador hasta hacerle avanzar al medio. Manuel vió al caballo de cerca: era blanco, grande, huesudo, con un aspecto tristísimo. Los monosabios acercaron el caballo al toro. Este, de pronto, se acercó; el picador le aplicó la punta de su lanza; el toro embistió y levantó el caballo en el aire. Cayó el jinete al suelo y lo cogieron en seguida; el caballo trató de levantarse, con todos los intestinos sangrientos fuera, pisó sus entrañas con los cascos y, agitando las piernas, cayó convulsivamente al suelo.

Manuel se levantó pálido.

Un monosabio se acercó al caballo, que seguía estremeciéndose. El animal levantó la cabeza como para pedir auxilio. Entonces el hombre le dió un cachetazo y le dejó muerto.

—Yo me voy. Esto es una porquería —dijo

Manuel al señor Custodio; pero no era fácil salir de allí en aquel momento.

—Al muchacho —dijo el trapero a su mujer —no le gusta.

La Justa, que se enteró, se echó a reír.

Manuel esperó la muerte del toro mirando al suelo; volvieron a salir las mulillas, y al arrastrar el caballo quedaron todos los intestinos en el suelo y un monosabio los llevó con un rastrillo.

—Mira, mira el mondongo —dijo riendo la Justa.

Manuel, sin decir nada, ni hacer caso de observaciones, salió del tendido, bajó a unas galerías grandes llenas de urinarios, que olían mal, y anduvo buscando la puerta sin encontrarla.

Sentía rabia contra todo el mundo, contra los demás, y contra él. Le pareció el espectáculo una asquerosidad repugnante y cobarde.

El suponía que los toros era una cosa completamente distinta a lo que acababa de ver; pensaba que se advertiría siempre el dominio del hombre sobre la fiera, que las estocadas serían como rayos y que en todos los momentos de la lidia habría algo interesante y sugestivo; y, en vez de un espectáculo como él soñaba, en vez de una apoteosis sangrienta del valor y de la fuerza, veía una cosa mezquina y sucia, de cobardía y de intestinos; una fiesta en donde no se notaba mas que el miedo del torero y la crueldad cobarde del público recreándose en sentir la pulsación de aquel miedo.

Aquello no podía gustar —pensó Manuel— mas que a la gente como el Carnicerín, a chulapos afeminados y a mujerzuelas indecentes.

Al llegar a casa, Manuel arrojó de sí con rabia el sombrero y las botas y el traje con el cual había ido a la plaza tan ridículo...

Se comentó mucho por el señor Custodio y su mujer la indignación de Manuel, y a él mismo le produjo cierto asombro; comprendía que no le hubiera gustado; lo que chocaba es que le produjese tanta ira y tanta rabia.

BAROJA.

El poeta Arriaza ha pintado las capeas en los pueblos. Nació Juan Bautista Arriaza en 1770; murió en 1837. Fué un entusiasta absolutista; amaba fervorosamente a Fernando VII. Compuso multitud de himnos, cantatas, epitalamios, brindis, inscripciones para arcos triunfales, cartelas para ramilletes, que eran presentados a los reyes. Sus poesías fueron lindamente impresas en Londres; han pasado tan fugazmente los versos como las circunstancias que los inspiraron. Sobre ese montón de versos frágiles, carcomidos, ajados —al igual que la percalina y los farolillos de papel—, destaca el lienzo en que el poeta pintaba la corrida en el pueblo.

¿Qué pueblo es? Vaciamadrid, Jadraque, Getafe, Pinto, Córcoles. La llanura se extiende alrededor, seca, ardorosa, calcinada, polvorienta. En los meses de marzo y agosto, súbitas tolvaneras se levantan en la llanada, y corren vertiginosas a lo largo de los caminos. No hay ni árboles ni fontanas. La siega ha sido hecha; todo el campo está de un color amarillento, ocre. Llega la fiesta del Patrón. En la plaza Mayor han cercado las bocacalles con

recias talanqueras y carromatos; llamean los cubrecamas rojos, encendidos, en los balcones. Se va a celebrar la corrida. Todos los mozos del pueblo se hallan congregados aquí; tienen los carrillos tostados y bermejos. En las ventanas asoman las beldades aldeanas: algunas, redondas de faz, con las dos crenchas de pelo relucientes, achatadas; otras, de cara fina, aguileña, y ojos verdes, de un transparente maravilloso verde, mozas que, en medio de esta rudeza, de esta tosquedad ambiente, tienen —acaso rezago secular— una delicadeza y señorío de ademanes, una melancolía e idealidad en la mirada que nos hace soñar un momento profundamente.

La corrida va a comenzar; el poeta da principio a su descripción. Hay un «grande alboroto»; se oyen voces de «Vaya y venga el boletín». Todos muestran ansias por sentarse precipitadamente en los tablones. Aparecen algunos soldados montados en rocines. Suena de pronto un clarín. Simón, el pregonero, se pone en medio de la plaza y principia a vocear: «¡Manda el rey!...» De pronto surge un torazo tremendo, iracundo, con los cuernos en alto. Se produce en la multitud de mozancones un movimiento de pánico; se retiran todos corriendo hacia las talanqueras; escalan los carromatos. Se levanta un ensordecedor clamoreo. El buey está en medio de la plaza, parado, inmóvil. Nadie se atreve a dejar las vallas; transcurren unos instantes. Vese luego adelantarse «un jaque presumido de ligero»; «zafio, torpe, soez, más traza tiene que de torero de mozo de

cordel». Poco a poco, pausadamente, con precauciones, se va acercando al toro. Súbitamente, antes de que el toreador se le aproximase, el toro parte furioso contra él. Corre despavorido el truhán; en la multitud estallan aplausos irónicos, voces, carcajadas, silbidos. «¡Corre, que te pilla!», le grita uno. «¡Detente, bárbaro!», repite otro. El mozo perseguido por el toro no vuelve a salir a la plaza. Otra vez se encuentra solo el toro. Se llega luego hacia los carros y las vallas. «Desde allí, la tímida canalla, que se llena de valor estando a salvo», se ensaña bestialmente con el toro; le descargan tremendos garrotazos sobre la cabeza; le pinchan con moharras y navajas; le detienen cogiéndole por la cola. Los anchos y tristes ojos del animal miran despavoridos a todas partes.

Cuando logra desasirse de la muchedumbre, torna al centro de la plaza. Entonces sale a su encuentro «un malcarado pillo». «Tiene la vista atravesada»; «se pone en jarras»; «escupe por un colmillo», y exclama: «¡Echenme acá ese animal!» Corre el buey hacia él; muéstrale el bergante la capa; rápidamente el toro corre por un lado, con el trapo rojo entre los cuernos, y el galopín, haciendo corcovos y piruetas, por otro... Resuena otra vez el clarín: el toro va a ser muerto o va a ser encerrado de nuevo. En este último caso, salen «el manso y el pastor de la vacada» y se llevan al mísero animal al toril..., «quedando otros más bueyes en la plaza».

Así termina el poeta. Lo que Arriaza no nos

ha pintado son esas cogidas enormes, en que un mozo queda destrozado, agujereado, hecho un ovillo, exangüe, con las manos en el vientre, encogido; esas cogidas al anochecer, acaso con un cielo lívido, ceniciento, tormentoso, que pone sobre la llanura castellana, sobre el caserío mísero de tobas y pedruscos, una luz siniestra, desgarradamente trágica. Lo que no nos ha dicho son las reyertas, los encuentros sangrientos entre los mozos; las largas, clamorosas borracheras de vinazo espeso, morado; es el sedimiento inextinguible que en este poblado de Castilla dejarán estas horas de brutalidad humana...

AZORÍN.

Don Eugenio de Tapia ha hecho que su musa, arriscada y mordiente, describa las corridas de toros. Nació Tapia en 1785; murió en 1866. Escribió una historia de la civilización española; compuso numerosas poesías satíricas. Figuran entre ellas las tituladas *La posada* y *El duende, la bruja y la Inquisición.* En el breve volumen en que se publicó esta última, va incluída la dedicada a los toros. Tenía Tapia un espíritu moderno, progresivo y liberal.

La corrida va a comenzar. No nos habléis de Londres, de Roma y de París; en ninguna de estas ciudades lidian toros. «¡Dichoso el que en Madrid puede gozar de función tan gloriosa!» No hay cosa más grata que uno de estos días de toros. «Se come, se monta en un calesín y se va uno volando a la plaza». El redondel está lleno de gente. Empieza el despejo. «La plebe famélica y ruin corre hacia las barreras. Sale la cuadrilla, vistosa, dispuesta a morir». Aparece el alguacil para recoger la llave; se la echan, y se marcha entre los silbidos, el vocerío y las carcajadas del público. Suena el clarín; un toro sale impetuoso. Le espera Sevilla,

el valiente —un picador— y le da un lanzazo en la cerviz. «¡Qué aplausos!» No se ha visto nunca frenesí mayor. Al lado de este hecho, ¿qué valen las antiguas glorias del Cid?» Otro picador se adelanta hacia el toro; acomete el bruto, marca la lanzada, caen caballo y picador por tierra.

«El útil caballo infeliz, inerme, expira en trágico fin». Montes se acerca al toro y se lo lleva tras su capa carmesí. El picador, «matón baladí», se mueve entonces «como una tortuga» y monta en otro caballo.

Salen los banderillos y clavan sus palitroques en el pobre toro. Toca a muerte el ronco clarín. «Al triunfo glorioso va el jaque» con su estoque y su muleta. «¡Oh, buen matachín!» «¡Pedid que el cielo le ampare!» Pero la suerte le es adversa; la primera estocada ha sido pésima. Se levanta en el público una tempestad de chiflidos. Todos le gritan «¡servil!» al torero; la voz de la plebe es ladrar de mastín; ayer le aplaudían todos; hoy le denostan y maltratan. No siempre el toro es un animal bravo; algunas veces se muestra reacio a los engaños de capas y muletas. En este caso se le condena a fuego; los cohetes estallan; el toro va «bramando, brincando de acá para allá». Salta la valla; «la turba de chulos y guapos, que está gozando de cerca la lid nacional», se aturde, se atropella, huye despavorida. El toro, jadeante, extenuado, chorreando sangre, vuelve al redondel. Tornan a pincharle de nuevo. «¡Encono bestial!», exclama el poeta. Otras veces son los perros los que se encargan de excitar al mise-

ro animal. Al fin, el toro expira. Aparecen las mulillas y se lo llevan. «La plebe» descansa y bebe largos tragos.

«Dejadme —añade el poeta—; dejadme escapar. Ya basta.» «No quiero más toros; me dan angustia». «¿Cómo podré yo gozar viendo al caballo, leal y sumiso, pisarse sus propias entrañas?» «Españoles, compatriotas —termina el poeta—, adiós, me marcho a Tetuán; quiero ver mejor monas que no matar toros».

AZORÍN.

A principios del siglo XIX hizo dos viajes a España Roberto Semple; era Roberto Semple un viajero inglés, curioso y sencillo. Sus libros están escritos con agudeza y discreción. La primera vez que vino a nuestra patria no pudo ver una función de toros. Tampoco pudo verla en la primavera de 1809, cuando por segunda vez vino a España. Pero visitó en Granada la plaza de toros. En el volumen *A second journey in Spain in the spring of 1809*, nos ha relatado sus impresiones. Acompañaba al viajero, en su visita, el guardador del edificio. Mostraba la tal persona, conforme iba enseñando la plaza al inglés, un ardoroso entusiasmo. En el palco regio estaba colocado un retrato de Fernando VII. Al pasar el conserje frente a él, se quitó respetuosamente el sombrero, y hasta se arriesgó a besarle la mano en la pintura: *and even ventured to kiss the hand with great demostration of loyalty and submission.* El viajero inglés examinó la plaza, y, ante las repetidas muestras de caluroso entusiasmo que el conserje hacía a la vista, no del espectáculo, sino simplemente del sitio donde el espectáculo

se celebraba, reconoció que no se explicaba él tal fervorosa efusión. Si Roberto Semple hubiera presenciado una corrida de toros es posible que tampoco hubiera podido explicarse el entusiasmo desbordante de millares y millares de españoles.

AZORÍN.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 290 | Precio de la obra ....

Estante . 1 | Precio de adquisición.. .....

Tabla... 6 | Valoración actual..... .....

Número de tomos. .....

290.

VARIOS

PÁGINAS

TAUROMACAS